



DÍAS, MESES, AÑOS

YAN LIANKE



A⁸

automática editorial

DÍAS, MESES, AÑOS

YAN LIANKE

TRADUCCIÓN DEL CHINO Y NOTAS
DE BELÉN CUADRA MORA



TÍTULO ORIGINAL:

年月日
(NIAN YUE RI)

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 – 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Yan Lianke 1997.
© de la traducción, Belén Cuadra Mora, 2019
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2019
© de la ilustración de cubierta, Laura Romero 2019

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-43-1
eISBN: 978-84-15509-60-8
DEPÓSITO LEGAL: M-24904-2019

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: septiembre de 2019

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

1

El año de la sequía eterna, el tiempo quedó calcinado, convertido en cenizas. Al apretarlos entre las manos, los días tiznaban y abrasaban como el carbón, bajo una cadena de soles deslumbrantes que surcaba sin descanso el cielo. De la mañana a la noche, el anciano percibía el pardo olor a chamuscado de su pelo y, en ocasiones, al levantar las manos hacia el cielo, le llegaba al instante un hedor negro a uñas quemadas. Demonios con el tiempo, solía maldecir. Salió de la aldea vacía caminando sobre una soledad infinita. Vamos, Ciego, dijo entornando los ojos hacia el sol. Al oír sus pasos longevos y vastos, un perro sin vista lo siguió como una sombra.

El anciano avanzaba por el camino de la cresta del monte con los rayos solares crujiendo bajo sus pies. La luz resplandeciente caía en oblicuo desde la sierra oriental y se le clavaba como varillas de bambú en el rostro, en las manos, en las puntas de los pies. Notaba un calor penetrante en la cara, igual que si lo hubieran abofeteado, y quemazón en los surcos de las arrugas en torno al ojo y la mejilla que daban al sol, como si perlas al rojo vivo le circularan ocultas bajo la piel.

Iba a orinar.

Y a la zaga iba el perro ciego, también a orinar.

En el último medio mes, lo primero que el anciano y el perro hacían cada mañana al levantarse era caminar hasta un terreno en cuesta a ocho *li*[1] y medio de la aldea para echar una meada. En esa pendiente de solana, el anciano tenía un maíz: un tallo solitario que chispeaba de verde aquel año estéril de sequía; el único que en los días cenicientos conservaba cierta humedad oleaginosa. La orina es abono y agua, y la planta encontraba cuanto le faltaba en los desechos que el anciano y el perro acumulaban durante la noche. Al pensar que el tallo tal vez habría crecido dos dedos en el crepitar de la pasada noche y que sus cuatro hojas podrían ahora ser cinco, el corazón le reptó erizado, una sensación suave y veloz le hinchó el pecho y en su rostro se dibujó una sonrisa de arrebol. Las hojas del maíz nacían de una en una. ¿Por qué las hojas de la acacia, del olmo o de la caoba, pensó, nacen de dos en dos?

Se giró. Dime, Ciego, preguntó al perro, ¿por qué las hojas de los árboles crecen de forma distinta a las de los cultivos? Posó la mirada en la cabeza del perro y, sin aguardar respuesta, se giró de nuevo y continuó su andar cavilando. Alzó la vista con la mano colocada a modo de visera sobre la frente y miró a poniente, en la dirección hacia la que apuntaban los rayos del sol. En lo alto del monte, sobre un terreno pelado, vislumbró a lo lejos una sombra entre violeta y pajiza, como una humareda densa de polvo rojo que se propagaba. El anciano sabía que se trataba del calor de la tierra que, tras descansar durante la noche, volvía a asomar cuando el sol llevaba un rato avivándolo. Al observarla de cerca, sobre la superficie se advertía un entramado de grietas, como si hubieran cocido la montaña y la hubieran hecho añicos a continuación, estrellándola

contra el suelo.

Hacía tiempo que la gente había planeado su huida. Cuando el trigo se secó en los campos, las altas cumbres se volvieron áridas y el mundo entero se agostó, se evaporaron también las esperanzas de los campesinos. Con la sequía persistiendo hasta entrado el otoño, el cielo se encapotó de súbito con nubes negras y el retumbar de los tambores recorrió las calles de la aldea. ¡Siembra de otoño!, gritaban, ¡siembra de otoño! ¡El Cielo nos ordena sembrar! Ancianos y niños, hombres y mujeres lanzaban voces de regocijo como canciones que fluían en torrentes por la aldea, en una dirección y en otra, y se derramaban después por la montaña.

—Siembra de otoño.

—Siembra de otoño.

—El Cielo nos manda lluvia para que sembremos.

Los gritos abigarrados de viejos y jóvenes sacudieron la sierra entera. Los gorriones posados en las ramas echaron a volar despavoridos y chocaron en el aire, haciendo que se precipitaran del cielo plumas como copos de nieve. Las gallinas y los cerdos se quedaron perplejos a las puertas de sus casas, con rostros pálidos de estupor. Los bueyes amarrados en los establos intentaron zafarse de las ataduras, se abrieron los hocicos y lo mancharon todo con su sangre negruzca. Todos los gatos y los perros se encaramaron a los tejados para contemplar aterrados a los aldeanos.

Densas nubes cubrieron el cielo tres días enteros.

Y durante aquellos tres días, los aldeanos de Liujiajian, Wujiahe, Qianliang, Houliang, Shuanmazhuang y de toda la sierra de Balou sacaron las semillas de maíz que tenían a buen recaudo y aprovecharon para plantarlas antes de que llegara la lluvia.

Al cabo de tres días, el nubarrón se dispersó y un sol abrasador volvió a achicharrar los montes como fuego llameante.

Pasado medio mes, algunos aldeanos echaron el candado de sus casas, cerraron los portones de los patios, cargaron su equipaje y se marcharon, huyendo del hambre y de la sequía.

En los dos o tres días que siguieron, las gentes se fueron en oleadas para escapar de la tragedia. Se agolparon como hormigas en el camino de la cresta de la sierra para irse a otro lugar y el susurro de sus pasos se sucedió sin principio ni fin por la aldea, golpeando las puertas y las ventanas de cada casa.

El anciano partió con el último grupo de vecinos el decimonoveno día del sexto mes del calendario tradicional. Caminaba en medio de una docena de personas cuando alguien preguntó a dónde debían dirigirse. Hacia el este, replicó el anciano. ¿Qué hay al este?, preguntaron. Al este está Xuzhou, contestó, a unos treinta o cuarenta días de marcha; allí se vive bien. Así, se dirigieron al este. Un sol de justicia alumbraba el camino. Las nubes de polvo que levantaban al andar caían de tanto en tanto con un ruido sordo. Cuando hubieron cubierto ocho *li* y medio de distancia, el anciano se detuvo. Se acercó a la parcela familiar para echar una meada y, a su regreso, dijo:

—Seguid hacia el este.

—¿Y tú?

—En mi parcela ha brotado un tallo de maíz.

—¿Crees que eso te salvará de morir de hambre?

—Tengo setenta y dos años. Moriré de agotamiento al tercer día de marcha. Puestos a morir,

prefiero hacerlo en la aldea.

Los aldeanos se fueron. La caravana se fue alejando, convertida en un borrón negro que desapareció lentamente bajo los rayos tórridos del sol como una sombra de humo y polvo. El anciano aguardó junto a la linde de la parcela hasta que no hubo un ser a la vista y entonces una honda soledad le sacudió el pecho. En aquel instante lo recorrió un escalofrío. Fue consciente de que en la aldea y en aquella parte de la sierra no quedaba nadie más que él, con sus setenta y dos años. El corazón se le vació de pronto y en su cuerpo arraigaron, como otoño sobrevenido, una desolación y una quietud sepulcrales.

2

Aquel día, cuando el sol hubo asomado por los montes orientales y su luz tornó del dorado al rojo, anciano y perro se encaminaron como venía siendo habitual hacia el terreno a ocho *li* y medio. El anciano divisó a lo lejos la parcela de un *mu*[2] y un tercio y, en su centro, el brote de maíz, de un palillo de alto y tan verde bajo la luz incandescente que parecía rezumar agua. ¿Lo hueles?, se giró al perro ciego, huele estupendamente. El aroma húmedo y fresco del tallo se hacía notar a nueve o diez *li* de distancia. El perro levantó la cabeza, se restregó contra su pierna y corrió hacia la planta sin mediar palabra.

El hondo barranco que se abría al frente rebosaba calor y expelía un aire sofocante que abrasaba el rostro del anciano. Se quitó la camisa blanca, la arrugó haciendo una bola y se la pasó por la cara. Le llegó un intenso tufo a sudor de tres dedos de grueso. Este es buen abono, pensó, esperaré a que el maíz siga creciendo otro medio mes para lavar la camisa y cargaré el agua de la colada desde la aldea para que el tallo se dé con ella un festín que ni en Año Nuevo. Se colocó la preciada camisa bajo la axila y ante su vista surgió el maíz, con medio cuerpo de altura y cuatro hojas. La quinta hoja no había empezado a nacer como esperaba. Observó la planta con atención, le quitó algunas motas de polvo y el desencanto lo invadió por dentro.

El perro se restregó varias veces contra la pierna del amo y corrió alrededor del tallo una vez y luego otra. No te acerques tanto, Ciego, le dijo el anciano, y el animal se detuvo y dejó escapar unos ladridos de piel de lima mientras levantaba la cabeza, como si le urgiera hacer algo y no pudiera contenerse por más tiempo.

El anciano sabía que se aguantaba las ganas de mear. Fue hasta la acacia seca, a un lado de la parcela, y agarró una azada —allí solía colgar sus aperos cuando había terminado de usarlos—, se acercó al flanco occidental del maíz —el día anterior había sido el oriental— y abrió un socavón en la tierra. Venga, mea, dijo. Pero antes de que el animal terminara de evacuar, algo llamó de pronto su atención septuagenaria. Sintió un dolor desgarrador en los ojos y un vuelco en el pecho al ver en las hojas inferiores unos puntos redondos, como granos de trigo. ¿Se está secando? Por las mañanas vengo a orinar y al caer la tarde, a regar. ¿Cómo es posible que se esté secando? Mientras se erguía, reparó en el pis amarillento del perro y comprendió que aquellas manchas que parecían quemaduras no eran consecuencia de la sequía, sino de que la orina de perro era mucho más rica y tórrida que la de los hombres. Maldito seas, Ciego, te vas a enterar... El anciano le dio una patada y el animal aterrizó con un golpe seco cinco codos más allá, como un saco de grano. Si vuelves a hacerlo, te enteras, le dijo, ¿es que me quieres achicharrar la planta?

El perro se quedó inmóvil, sin comprender. Las cuencas de sus ojos, como pozos secos, se humedecieron en un instante.

Te lo tienes merecido, dijo el anciano. Lanzó una mirada de desprecio al animal, se acuclilló y examinó las manchas de las hojas, que relucían como el jade. Con gesto apresurado, retiró con la mano la blanca espuma del orín canino que la tierra no había terminado de absorber y excavó el barro húmedo, que lanzó a un lado. A continuación tapó el hoyo con la azada y aplastó la tierra. Anda, dijo al perro, vamos a casa a por agua. Si no diluimos esto pronto, en dos días me quemas la planta.

El perro enfiló el camino de la cresta seguido del anciano. El sonido cálido de sus pasos caía dibujando espirales en el aire, como hojas secas bajo el fuerte sol.

Sin embargo, al igual que el sonido de aquellos pasos, las desdichas del maíz como se iban, volvían. Fue el anciano a por agua, nacida ya la sexta hoja, cuando un pequeño torbellino de viento se levantó junto al pozo y echó a volar su sombrero de paja, que rodó a toda velocidad por la aldea, rula que te rula, mientras él lo perseguía.

El torbellino giraba como una criba cada vez más veloz, siempre una braza por delante del anciano, que fue tras él hasta la entrada de la aldea. Aunque en varias ocasiones llegó a rozar el borde, el soplo de aire era más rápido y lo dejaba atrás. Tenía setenta y dos años y sus piernas no eran las de antes. ¡Al carajo con el sombrero!, pensó. En esta aldea no queda nadie más. Puedo entrar en cualquier casa y buscar otro. El anciano se paró y alzó la vista. En lo alto del monte había una única choza, enhiesta como un templo junto al camino. El torbellino chocó contra su muro y se detuvo.

El anciano se acercó parsimonioso y pateó el torbellino debilitado. Se agachó a recoger el sombrero y lo despedazó, lo tiró al suelo y lo pisoteó con furia mientras gritaba:

—¡Eso para que corras!

—¡Y eso para que te vayas detrás de otro torbellino!

—¡A ver si la próxima vez te atreves a correr!

El sombrero acabó hecho trizas. Por primera vez en muchos días, un nuevo aroma a paja blanca impregnó el calor asfixiante y seco de la cresta del monte. El anciano hizo una bola con el sombrero, lo tiró al suelo, lo aplastó con el pie y le preguntó: ¿A que ahora no corres? No volverás a correr en tu vida. Bastante tengo con esta sequía para que encima vengas tú a fastidiarme, maldito seas. Resollando, dirigió la mirada a la parcela a ocho *li* y medio, con el pie ya quieto sobre el sombrero, y su soliloquio se interrumpió de pronto como se corta una cuerda.

Una nube de polvo rojo como una tapia traslúcida y ondulante se extendía por la montaña. El anciano se alarmó y comprendió al instante que aquello no era un pequeño torbellino, sino un vendaval. Quieto junto a la esquina de la casa y bajo un sol abrasador, el corazón se le hundió como si el muro que tenía a su espalda se le hubiera desplomado encima.

Echó a andar presto en dirección a la parcela a ocho *li* y medio.

A lo lejos, la tapia de polvo rojo se hacía más densa por momentos y daba sacudidas como una riada, como oleaje que anegara la sierra entera.

Se acabó, pensó el anciano. Me temo que con esto acaba todo.

Y se le ocurrió que el objetivo del torbellino al volarle el sombrero y conducirlo hasta la cresta del monte había sido llamar su atención sobre el vendaval que se desataba en la ladera de enfrente. Lo siento, torbellino, dijo el anciano, no debí patearte. El sombrero siguió al torbellino con la mejor intención, pensó, ¿quién me mandaba a mí destruirlo? Soy tan viejo que ya no distingo con claridad el bien del mal. El anciano meditaba en voz alta y dejaba escapar palabras

de culpa que le brotaban de los labios como largos sarmientos. Cuando se serenó, el vendaval parduzco se detuvo y cesó el zumbido atronador, como fragor de batalla, que lo había acompañado. Se impuso un silencio repentino que le hizo sentir punzadas de dolor en los oídos y el sol recobró su vigor, fuerte y tenaz, que hacía que de la parcela brotaran crujidos manifiestos y blancos, como vainas de guisantes explotando. Los pasos del anciano se demoraron y su respiración volvió a sonar tan calmada como la de una mujer que cose suelas de trapo para los zapatos. Turbado, se paró junto a la linde de la parcela. La devastación que se desplegaba ante sus ojos le cortó el aliento de manera sangrante.

El viento había cercenado el brote de maíz. Los rastrojos temblaban como dedos amputados y una tristeza verde flotaba en hilachos bajo la luz áspera.

Anciano y perro se instalaron en la parcela.

El anciano no lo dudó un momento. Igual que los viejos que cuidan de los meloneros y que, cuando la fruta madura, se van a vivir a sus cultivos, clavó junto a la planta cuatro vigas a modo de columnas, sujetó contra ellas los tableros de dos puertas, las cubrió con cuatro esterillas que hacían las veces de tejado y se mudó a aquel terreno en cuesta. Llenó las columnas de clavos y colgó la sartén, el cucharón y el cepillo, metió los cuencos en una bolsa de tela, que también colgó bajo la sartén, y excavó un pequeño fogón junto al barranco. Ya solo quedaba esperar a que el maíz brotara de nuevo.

Aquella noche, debido al cambio de cama, el anciano fue incapaz de conciliar el sueño por más agotado que estuviera. En el aire flotaba un calor tórrido, blanco de luna. Se quitó los calzones —la única prenda que llevaba encima— y se sentó a fumar desnudo. Bajo el resplandor intermitente del cigarrillo, agachó la vista distraído y se vio aquello colgando entre las piernas como un farolillo. Le pareció tan horrible que volvió a ponerse los calzones. Definitivamente, estoy viejo, pensó, de poco me sirve ya. Más me valdría que brotara el maíz.

Cada nueva hoja me llena de alegría, como cuando de joven conversaba con una muchacha que me gustaba en medio de la calle o junto al pozo, y un silencio húmedo y sereno me recorría el cuerpo. Dio unos golpes a la pipa y el tabaco encendido cayó en la noche con un golpe, despertando al perro.

¿Te has despertado?, preguntó el anciano.

Tú que eres ciego duermes como un tronco y yo, que tengo buena vista, no consigo pegar ojo.

El perro se le acercó arrastrándose y le lamió la mano. Le acarició la cabeza, peinándole el pelaje, y mientras lo hacía vio cómo de sus ojos ciegos como la boca de un pozo brotaban dos lágrimas claras. Se las enjugó y le dijo: Maldito sol que te ha cegado. Qué mala sangre tiene. Al acordarse de cómo el sol abrasó la vista al animal, se le removió algo por dentro. Se lo puso en el regazo y le acarició los ojos.

Las lágrimas le humedecieron las manos como una fuente. ¿Quién lo hubiera imaginado?, pensó el anciano. En los años de sequía, solían colocar un altar en medio de la aldea. En él se ponían tres platos con ofrendas y dos tinajas llenas de agua decoradas con la imagen del Dios Dragón, que dispensa la lluvia. Entre las dos tinajas se ataba a un perro al que se daba de beber cuando tenía sed y de comer cuando tenía hambre y que pasaba el resto del tiempo ladrando enfurecido al sol. Otros años, los ladridos lograban que el sol retrocediera a los tres días, como muy pronto, o a los siete, a lo sumo. Soplabla el viento o el cielo se nublaba, y comenzaba a llover. Sin embargo, este último año se ató al altar a aquel perro salvaje que un día llegó a la aldea. Estuvo ladrando medio mes, pero el sol no se aplacó. Siguió saliendo y ocultándose a su hora. Al

mediodía de la decimosexta jornada, el anciano pasaba por el altar cuando reparó en que entre el sol y el perro habían vaciado las tinajas, dejándolas una sin agua y la otra con el fondo quemado. El perro negro tenía el pelo chamuscado y había dejado de ladrar.

Lo soltó. Vete, le dijo. De todos modos, no va a llover.

Libre, el perro avanzó unos pasos y se dio de bruces contra un muro. A continuación se giró y chocó contra un árbol. El anciano se le acercó, lo agarró por las orejas y vio sorprendido que el sol le había abrasado los ojos, que bajo la frente no le quedaban ya más que dos pozos secos.

Se lo quedó.

Menos mal que recogí al perro ciego, pensó. Si no, no tendría con quién hablar en esta sierra de Balou. Había refrescado y el calor del día empezaba a disiparse. Por encima del cobertizo, las estrellas y la luna retiraban su luz como quien tira de una red de pesca. Se oía un goteo blanquecino, que el anciano sabía bien que nada tenía que ver con el agua, los árboles, la hierba ni los insectos. Era el ruido de la soledad, que resonaba en el silencio absoluto de la noche vacía.

Siguió acariciando al perro, recorriendo su lomo de la cabeza a la cola, una vez y otra. El animal ya no lloraba. Mientras el anciano lo acariciaba, el perro le lamía la mano libre. Aquella noche, ambos se sumergieron, se ahogaron y se comprendieron en un sentimiento dulce y cálido de mutua dependencia.

Ciego, le dijo, ¿qué te parece si tú y yo formamos una familia? La vida se lleva mucho mejor en pareja.

Le lamió la palma de la mano.

No me quedan muchos años, añadió, si te quedas conmigo hasta que muera, tendré un final feliz.

Le recorrió la mano desde los dedos a la muñeca con lametones tan largos que se podrían haber medido en millas.

Dime, Ciego, ¿crees que el maíz volverá a brotar? El perro dejó de lamerle la mano y asintió con la cabeza. ¿Será esta noche o mañana?, preguntó de nuevo el anciano. Me estoy durmiendo. No asientas con la cabeza, porque no te veo. Di algo. Dime, ¿será esta noche o más adelante? El anciano se tumbó y cerró los ojos. La sombra oscura del cobertizo le cubrió la cara como un velo húmedo y dejó de acariciar el lomo del perro. Detuvo la mano sobre la cabeza del animal y durmió plácidamente.

3

Cuando despertó, el sol se alzaba ya tres varas sobre el suelo. Se incorporó con los párpados doloridos y abrasados, se restregó los ojos y dirigió la mirada al disco dorado que seguía suspendido del cielo. Me cago en tus muertos, se dijo en silencio, algún día saquearé las tumbas de tus antepasados solares. Entonces vio al perro recostado en la tierra, junto al maíz. Le asaltó la curiosidad. ¿Ha brotado?, preguntó. El animal asintió con un gesto leve de cabeza y el anciano se acercó desde el cobertizo. Efectivamente, al lado del rastrojo había nacido un pequeño brote acuoso, entre verde y rojizo, como yema de algarrobo. Tenía medio dedo de largo, era tan tierno que parecía que pudiera caerse con solo rozarlo y relucía como el jade bajo los rayos del sol.

Se le ocurrió que convendría taparlo con una hoja y fue a buscarla al barranco, pero volvió con las manos vacías. Se acercó un momento al fogón, asió la azada y partió con ella una rama de acacia que colocó con cuidado sobre el brote. A continuación sacó del cobertizo la camisa y la extendió encima de la rama para darle sombra a la planta.

No sea que pase otra desgracia, dijo.

Ciego, es hora de comer. ¿Qué te apetece?

Y añadió: ¿Qué hay para comer con esta sequía? Podemos preparar unas gachas de maíz y almorzar en condiciones.

Cuando el nuevo brote tuvo dos hojas, el anciano regresó a la aldea en busca de alimento. En su casa no quedaba ni un grano, pero pensó que, en una aldea tan grande, bastaría con que hubiera un puñado de trigo o una pizca de harina en las tinajas de cada hogar para que el perro y él sobrevivieran a la hambruna que la sequía había traído consigo. Sin embargo, al volver a la aldea, se encontró con las puertas cerradas y telarañas colgando de punta a punta. Entró primero en su casa y se asomó a las tinajas. Aun a sabiendas de que ya les había pasado la escobilla, las restregó con el dedo y se lo llevó a la boca. El sabor puro y blanco de la harina se le diluyó de inmediato en la boca y le recorrió el cuerpo entero. Inspiró hondo, tragó aquel sabor y salió a la calle. Los rayos del sol incidían sesgados sobre el suelo y un líquido dorado parecía flotar por la aldea. En medio de un silencio sepulcral, se oía el goteo de la luz cayendo por los aleros de los tejados. Todos los habitantes de la sierra han huido, pensó el anciano, los ladrones que no hayan muerto abrasados por el sol lo habrán hecho de hambre. Malditos seáis todos. ¿Habéis echado el candado para proteger vuestras casas de este viejo? ¡La lleváis clara! Pienso romper los candados y saltar las tapias de todos modos. ¿Quién no deja nada de comida en casa? ¿Qué piensan comer si no cuando regresen pasada la sequía? ¿Por qué habrían de cerrar con llave si no tuvieran alimento dentro? Se paró delante de una puerta. Era la casa de un sobrino con el que compartía apellido y clan, por lo que anduvo hasta la siguiente. En ella había vivido una vieja viuda que, de joven, le

confeccionaba cada invierno un par de botas de piel de oveja con suela gruesa. La viuda murió y su hijo heredó la casa. Pensó en la calidez que le transmitía aquel hogar, instalada en su pecho desde tiempos inmemoriales, y permaneció con la mirada clavada en el portón durante largo rato. Siguió caminando en silencio. Sus pasos, solitarios y atronadores, resonaban como las talas de los bosques húmedos de antaño, propagándose por la aldea entera, mientras las puertas candadas pasaban una tras otra junto a sus pies como barcas secas.

Al fin, terminó de recorrer la aldea. El sol estaba en su punto más alto. Era la hora de comer. Si Ciego estuviera aquí, sería más fácil, musitó el anciano, él me diría qué tapia saltar.

Gritó hacia los montes: ¡Ciego!... ¡Ciego!... ¡Dime, ¿en qué casa busco comida?!

Le contestó un silencio inmenso.

Frustrado, se sentó a fumar su pipa y al rato regresó con las manos vacías a la parcela en cuesta a ocho *li* y medio. El perro lo recibió sacudiendo el rabo, corrió hacia él siguiendo el sonido de sus pasos y le restregó el hocico en la pernera del pantalón. El anciano no le hizo caso. Se dirigió a la acacia en busca de la azada, agarró un cuenco del cobertizo y se puso a remover la tierra de la parcela. Al tercer golpe de azada, el anciano extrajo dos de los granos de maíz plantados, de un amarillo perfecto y sin mácula que, achicharrados por el sol, le quemaban en las manos. Recorrió el sembrado y con cada golpe de azada sacó uno o dos granos de maíz. Cuando había cubierto un trecho que equivalía a media cresta del monte, el cuenco estaba repleto de granos.

Comieron granos de maíz salteados en la sartén.

Y mientras lo hacían, sentados a la sombra del cobertizo, el anciano no pudo evitar esbozar una sonrisa. Todas las parcelas albergan alimento, dijo. Con lo obtenido en una jornada escarbando, podemos comer tres días enteros. Sin embargo, la tarea no fue tan fácil en el resto de sembrados. No estaba familiarizado con la profundidad a la que sembraban otras familias. En muchos casos, además, para asegurarse de que los campos quedaban sembrados antes de las lluvias, la gente había puesto a trabajar a niños todavía pequeños, que levantaban la azada y la dejaban caer sin orden ni concierto y sin mantener una altura, fuerza y distancia constantes. Nada que ver con la uniformidad con la que el anciano había labrado su parcela. Lo normal era que no se dejara a los niños echar mano de la azada, pero aquel año de sequía lo había desbaratado todo.

Resultó además imposible que anciano y perro comieran tres días de una jornada de trabajo. Después de un día entero sudando, si la tarea se había dado bien, comían dos días; si no, solo uno. El maíz crecía a diario y producía en medio del silencio de la noche ruidos leves y tiernos, como la respiración de un bebé que duerme profundamente. El anciano y el perro se sentaban entonces al lado de la planta a descansar de un día abriendo surcos y a escucharla respirar, sintiendo las articulaciones cálidas y reposadas. Salía la luna como el rostro de una joven en el vacío del cielo, rodeada de estrellas rutilantes sobre un manto vasto de azul puro, igual que los botones de la ropa nueva que se estrena en Año Nuevo. El anciano preguntaba entonces al perro: Dime, Ciego, ¿con cuántas perras te entendiste en tus años jóvenes?

El animal volvió la cara hacia él sin comprender.

Dime la verdad, Ciego. No hay nadie más. Estamos solos tú y yo, aquí, en mitad de la noche.

El perro seguía sin comprender.

Si no te apetece, no me lo cuentes. El anciano dejó escapar un suspiro y se encendió la pipa con aire triste. Dulce juventud, dijo mirando al cielo, cuando uno tenía energía y una mujer a su lado por las noches. Si era espabilada, cuando regresabas del campo te traía una palangana con

agua, cuando estabas sudado te abanicaba y cuando hacía frío te calentaba la cama. Si por la noche la cosa se liaba, cuando amanecía y daba la hora de ir a faenar, te decía: Has estado toda la noche en vela, duermes un poco más. ¡Qué tiempos aquellos! El anciano dio una calada con fuerza, escupió lejos y puso la mano en el lomo del animal. Aquella vida no tenía nada que envidiar a la de un rey.

¿Tú has vivido así, Ciego?

El perro ciego guardó silencio.

Dime, ¿no crees que para eso venimos al mundo? Ya no buscó respuesta del animal: Ya lo creo que sí, se dijo. La vejez es otra cosa. Los viejos vivimos para un árbol, para una planta o para un puñado de nietos y nietas. En todo caso, mejor vivos que muertos. El anciano dio una nueva calada y con el resplandor de la pipa vio el sonido del maíz al crecer, que llegaba a sus oídos en finos hilos verdes. Dirigió la mirada al nuevo brote y vio que la punta, que pasaba ya de la rodilla, se estaba abriendo y empezaba a asomar una hoja, entre amarilla clara y malva, enrollada en forma de rulo cual flautín de madera de sauce. Del tallo salían ya nueve hojas combadas. Se levantó del suelo, cogió la azada y excavó con ella un pequeño hoyo en el que mearon él y el perro. A continuación vació dentro tres cuencos de agua y cubrió el agujero con tierra que aplastó dándole varios golpes con la azada. Levantó un pequeño montículo alrededor de la planta. Temiendo otro vendaval que arrancara el tallo de raíz, volvió a la aldea en plena noche y regresó con cuatro esterillas. Hincó en el suelo cuatro varas a cuatro codos de distancia de la planta y las rodeó con las esterillas, como un pequeño cercado. Cuando hubo terminado, dijo: Ciego, ve a la aldea a buscar una cuerda, la que sea. El perro ciego se marchó tanteando el camino de la cresta del monte y no fue hasta que la luna hubo cambiado de posición y el número de estrellas menguado que regresó sujetando con el hocico aquel sombrero de paja que había acabado destrozado en el torbellino de viento.

El anciano utilizó la paja para atar las esterillas a las varas de la pequeña cerca y, cuando no fue suficiente, echó mano del cinturón negro que llevaba puesto. Terminó la tarea al rayar el día. Con la primera luz de la mañana, la cerca de esterillas se parecía a los pequeños huertos que los campesinos acomodados plantan junto a la puerta de casa. En su centro, un único tallo de maíz, como un mástil, dándose la gran vida con agua y abono en abundancia, que al mediodía se cubría con una alfombrilla de esparto para que le diera sombra. Así, la planta crecía como loca y, pasados cinco o seis días, ya asomaba la cabeza por encima del cercado.

Pero el sol seguía sin dar tregua y el pozo se estaba secando. A diario, el anciano iba a la aldea a por agua y, para llenar un cubo, tenía que sacar otros diez del pozo, con los que extraía un líquido turbio y arenoso. Una especie de miedo comenzó a trepar por las paredes del pozo e invadió gélido el cuerpo del anciano. Un día hizo descender el cubo vacío hasta que la cuerda de la polea, de varias brazas de largo, llegó al tope, y cuando lo sacó en su interior no había más que un cuenco de agua. Tuvo que esperar mucho junto al pozo antes de poder extraer un segundo cuenco.

El pozo se quedó sin agua como se queda sin hojas un árbol.

Ideó una solución. Cada día, antes de caer el sol, introducía un sobrecolchón en el pozo para que se empapara durante la noche y, a la mañana siguiente, lo sacaba, lo escurría y llenaba medio cubo. A continuación volvía a introducir el sobrecolchón y cargaba el cubo hasta la parcela en cuesta. El agua sobrante de fregar los platos, de lavarse la cara y de las escasas coladas servía para regar el maíz, que de este modo no acusó la sequía. Del agua que extraía al escurrir una y

otra vez el sobrecolchón emanaba un vapor frío que se disipaba bajo el sol abrasador, y el anciano competía contra el sol por aspirarlo. Tengo setenta y dos años, decía, ya he pasado por todo en la vida. ¿Crees que vas a poder conmigo porque el pozo se haya secado? Mientras quede agua en el subsuelo, lograré sacarla. ¿Acaso tendrás paciencia suficiente como para desecar toda el agua que hay debajo de la tierra?

El anciano salía siempre victorioso.

En cierta ocasión, estuvo excavando un día entero en el terreno de un sobrino y solo logró obtener medio cuenco de semillas de maíz. Al día siguiente probó con otra parcela de la que no sacó ni medio cuenco. Durante tres días, el anciano y el perro pasaron de tres comidas diarias a dos, y de unas gachas espesas a una sopa mucho más clara. Sintió que la situación se agravaba y no lo comprendía. Todas las familias habían sembrado en su momento de manera concienzuda y las semillas no habían brotado, por lo que a la fuerza tenían que seguir enterradas bajo el suelo. Cuando al perro se le empezaron a marcar los huesos bajo el pelaje, el anciano se echó a temblar. Se palpó la cara y notó la piel tan flácida que podía estirla un palmo, como si un saco de tela le envolviera el cráneo. Le fallaban las fuerzas y para sacar el sobrecolchón del pozo tenía que descansar varias veces. No me puedo morir de hambre, pensó.

Ciego, dijo, no nos queda más remedio que colarnos en alguna casa.

Lo tomaremos prestado, añadió, cuando llueva y recolectemos el año próximo, lo devolveremos.

El anciano cogió un saco de tela y volvió a la aldea tambaleándose. El perro lo siguió, avanzando en silencio. El primero caminaba apoyando las puntas de los dedos y los talones, evitando posar el arco de los pies para no quemarse con el suelo incandescente; el segundo se lamía las patas delanteras cada pocos pasos, y el tiempo que les llevó cubrir el trecho de ocho *li* y medio se les figuró un año. Cuando llegaron al establo de bueyes de la entrada de la aldea, el anciano se cobijó a su sombra, se descalzó y se dio un masaje en los pies.

El perro resolló a la sombra de un muro y meó en la esquina de una casa.

Venga, entremos entonces en esta casa a buscar comida. Sacó el hacha del saco y reventó el candado. Atravesó el portón, cruzó el patio hasta la vivienda y forzó la puerta. Al entrar vio la mesa de la estancia principal cubierta de polvo y telarañas. Debajo descansaban una tablilla ancestral y la fotografía de un anciano orondo. Vestía túnica a la antigua y sus ojos, brillantes como puñales, se le clavaron a través del polvo.

El anciano se quedó atónito.

4

Era la casa de Bao el Viejo. Había muerto de vejez hacía tres años, pero su mirada penetrante aún coleaba. Ciego, está claro que no ves nada, dijo el anciano, ¿cómo se te ha ocurrido mear junto a la puerta del viejo Bao? El anciano apoyó el hacha en el quicio de la puerta, se arrodilló y tocó tres veces el suelo con la frente como muestra de respeto hacia Bao el Viejo. Mientras lo reverenciaba, decía: Viejo, en cientos de *li* a la redonda se viven una hambruna y una sequía que no se veían en la sierra desde hacía diez siglos. La gente ha huido, joven y vieja por igual. En esta aldea y en este mundo solo estamos Ciego y yo.

Nos hemos quedado al cuidado de la aldea y llevamos tres días sin comer en condiciones. Venimos a tomar prestadas algunas reservas. El año próximo te devolveremos hasta la última libra. Viejo, tú sigue a lo tuyo, que yo sé dónde han escondido las familias la comida en este año de estrecheces. El anciano se puso en pie, se sacudió el polvo de las rodillas y se dirigió con el saco de tela en la mano en dirección a la estancia oriental. Repasó apresurado tinajas y tarros que, huelga decir, relucían de limpios. Pero no desistió, como si supiera de antemano que nadie iba a esconder sus reservas en un lugar tan obvio. Hay que buscar debajo de las camas. Aprovechando la claridad que atravesaba la ventana, miró detenidamente debajo de la cama de la estancia oriental. Nadie deja la comida al alcance de los ladrones en un año calamitoso como este. Si fuera yo el que me hubiera marchado, la habría escondido debajo de la cama. Pero bajo la cama de Bao el Viejo no encontró más que un orinal blanco de barro esmaltado y un suelo impoluto sin marca alguna. El anciano movió las tinajas y tarros vacíos, buscó debajo las mesas y revolvió los armarios con gran estruendo de golpes y porrazos. Inspeccionó la casa de arriba abajo y acabó cubierto de telarañas en medio de una nube de polvo, pero no encontró ni una migaja de comida.

Salió de la habitación sacudiéndose las manos polvorientas. Viejo, dijo, jamás te falté en vida y, aunque nací medio mes antes que tú, siempre me dirigí a ti como «hermano mayor». Si en casa no había qué comer, podías habérmelo dicho en lugar de dejar que anduviera dando vueltas de acá para allá como si me sobraran las fuerzas o como si no hubiera otra casa en la que buscar alimento.

Bao el Viejo guardó un natural silencio.

Ante su falta de respuesta, el anciano le lanzó una mirada de disgusto. Mira que obligarme a postrarme tres veces en balde... Acto seguido, dio unos palmetazos al perro ciego, recostado junto a la puerta.

Vamos, le dijo, no me creo que oculta la luna no queden estrellas.

Dejó la puerta cerrada como la había encontrado, con el candado roto colgado de la manija, y recorrió las casas de la aldea. Arrancó una docena de cerrojos y entró en siete viviendas, en las

que examinó al dedillo vasijas y armarios, los bajos de camas y mesas, sin hallar qué llevarse a la boca.

Salió de la séptima casa con una balanza de pesar pienso y un látigo —del carro de un vecino, que el anciano había conducido en el pasado—, y se detuvo frustrado en medio de la calle. Dejó la balanza a un lado y tiró el látigo. ¿Para qué quiero la balanza? Si logro encontrar comida, podré pesarla y devolver el año que viene lo prestado. Pero, ¿dónde hay comida? ¿Y el látigo para qué? Puede servir como arma protectora, igual que una pistola —el anciano había matado una vez a un lobo con un látigo—, pero lo cierto es que los animales han huido del monte. Ni un conejo queda. El látigo no sirve para nada.

El sol incidía en las grietas de cada puerta, ensanchándolas. El anciano miró al cielo con ojos entornados. El sol estaba en su cénit, era la hora de comer y no había ni rastro de alimento. Lo invadió un desasosiego inmenso. Ordenó al perro que se sentara en la calle: Tú espérame aquí. Total, ciego como estás, si alguien tiene comida tampoco la vas a ver, y se perdió por un callejón. El anciano solo forzó los candados de aquellas familias que habían vivido sin estrecheces, pero tres casas más tarde el saco de tela seguía vacío. Cuando emergió del callejón, el sol le alumbraba el rostro macilento, manchas violáceas le salpicaban la tez y torrentes de mala suerte circulaban por sus arrugas. En la mano traía un tarro con medio puñado de sal. Se metió un grano en la boca y dio otro al perro.

El perro fijó en él sus ojos ciegos. ¿No has encontrado alimento?, le preguntaba.

El anciano calló. Agarró el látigo del suelo, se plantó en medio de la calle y lo fustigó contra el sol. El látigo fino y recio de cuero de vaca serpenteaba en el aire y su punta hacía saltar por los aires con crujidos verdes y blancos los rayos de luz, que se desmoronaban y caían como flores de peral. El suelo se cubrió de añicos de sol y la aldea fue invadida por un ruido de petardos propio del Año Nuevo, hasta que el anciano se cansó y, empapado en sudor, recogió el látigo.

De pie ante él, sin comprender nada, al perro ciego se le humedecieron los ojos.

No temas, Ciego, dijo el anciano, mientras yo tenga un cuenco de comida, la mitad será para ti. Me moriré yo de hambre antes que dejar que la pases tú.

Las lágrimas rebosaron de los ojos del animal y se estrellaron contra el suelo, formando dos socavones pequeños como granos de soja.

Vámonos. El anciano recogió el tarro de la sal, el látigo y la balanza. Volvamos a la ladera a excavar semillas.

Sin embargo, no había dado más de dos pasos cuando los pies se le clavaron al suelo. Vio entrar en la aldea a una manada de ratones, redondos y rollizos todos y cada uno de ellos como en años de bonanza, que se arracimaron, negros y brillantes, a la sombra de una tapia desde la que contemplaban inquietos las calles, al anciano y al perro. Una puerta se abrió de golpe de par en par en la mente del anciano.

Río.

Era la primera vez desde que partieron los vecinos que reía a carcajadas, viejas, roncadas y crujientes, como granos cocinados a fuego lento. Tendrán que morir de hambre Cielo y Tierra para matarme a mí.

Anciano y perro se dirigieron hacia los ratones pasmados. Ciego, ¿sabes dónde hay comida? Yo sí. Yo lo sé.

Esa misma noche, excavó tres ratoneras en la ladera del monte y sacó un kilo de semillas de

maíz. Primero durmió un sueño ligero en el cobertizo y, de madrugada, bajo un cielo con luna y parco en estrellas, cuando el resplandor lunar se disolvía en la tierra, dejó al perro al cuidado del maíz y se dirigió a una de las parcelas en las que no había logrado encontrar ninguna semilla. Allí contuvo la respiración y esperó sin hacer el más mínimo movimiento. Pasó una hora hasta que oyó ratones chillando, bien de regocijo, bien disputándose el alimento; pegó la oreja al suelo, buscó el punto exacto del que procedían los chillidos y clavó una estaca. Volvió a por la azada. En tres pies alrededor de la estaca y a un pie de profundidad había una ratonera. Y resultó que contenía un cuenco entero de semillas de maíz. El anciano reunió en un cuenco los granos mezclados con heces de roedor, sin dejarse ninguno, y repitió la operación en la segunda de las parcelas que había escarbado en vano.

Durante largo tiempo, los días del anciano estuvieron repletos de ocupaciones. Por las mañanas, nada más levantarse, iba a la aldea para escurrir el sobrecolchón. De regreso en la parcela, después de desayunar, separaba las semillas de maíz de los excrementos de ratón, que amontonaba en un cuenco y enterraba después junto al tallo. Tras la comida echaba la siesta sin falta. Aunque el sol caía a plomo sobre el cobertizo, el suelo no despedía calor y en ocasiones incluso soplabla una brisa entre templada y fresca que le permitía dormir a pierna suelta. Para cuando se despertaba, el sol caía ya rojizo sobre los montes occidentales. Daba un nuevo viaje a la aldea para sacar otro medio cubo de agua y sobrevenía el ocaso. Después de la cena, se sentaba junto al perro a hacer compañía al maíz y tomar el fresco en una quietud pavorosa. Hablaba a la planta y al animal de los temas que le rondaban la cabeza, como por qué las cosechas crecen de hoja en hoja. El perro y el maíz daban la llamada por respuesta, y entonces él se encendía una pipa y aspiraba largas caladas. Os lo explico: porque son cultivos, por eso las hojas crecen de una en una; y los otros son árboles, y por eso las echan de dos en dos. A veces, cuando la noche estaba avanzada y se levantaba viento, el anciano planteaba al perro y al maíz cuestiones más profundas. ¿Sabéis?, cuando Bao el Viejo aún vivía, en la aldea se presentó un estudioso que decía que la Tierra daba vueltas y que cada una de esas vueltas era un día. ¡Decidme si no es una idiotez! Si la Tierra da vueltas, ¿cómo es que no nos caemos de la cama mientras dormimos? ¿Cómo es que el agua de los cántaros no se derrama, los pozos no se vacían y caminamos siempre con la cabeza apuntando al cielo? Según aquel hombre, no nos caemos de la cama porque la Tierra nos atrae, pero digo yo, si tanto nos atrae, ¿cómo es que podemos levantar los pies del suelo al andar? Cuando el anciano hablaba de estos temas, profundos como un agujero negro, adoptaba un rictus sagrado y serio y dejaba de fumar el tabaco seco que sujetaba entre los dedos. Al final, después de exponer sus preguntas ante el perro y el maíz, se tumbaba sobre el suelo lleno de remordimientos para que el resplandor de la luna le lavara la cara, y decía: Preferí no dejar a aquel experto en evidencia, así que no le pregunté nada en los tres días que estuvo en la aldea. Temí que se le cayera la cara de vergüenza delante de todos los vecinos por no saber qué contestar. Vivía del estudio y no quise quitarle el sustento.

El tallo de maíz seguía creciendo con premura. Las hojas tenían un palmo de ancho y, una sobre otra, sobresalían dos cabezas del cerco de esterillas. El ruido que emitía al crecer durante la noche se había vuelto ronco y grave y, pasados algunos días, habría crecido cuanto debía crecer. El anciano abrió una parte de la esterilla para poder entrar y salir. Una semana atrás, el tallo le llegaba al cuello; dos días más tarde, le alcanzó la frente. Ahora, al volver a medirse con él, vio que le sobrepasaba la cabeza. En medio mes le saldrá la panícula, pensó, y otro medio mes más tarde, empezará a echar la mazorca. Pasados tres meses, tendría una mazorca. En esta sierra

pelada y deshabitada, pensó el anciano, lograré cultivar una mazorca y, cuando la arranque, tendré un cuenco de granos como perlas. Al poco de que acabe la sequía y llueva de nuevo, regresarán los aldeanos y podrán servirse de estos granos para la próxima siembra. Pasadas varias temporadas, la sierra volverá a cubrirse de un vasto manto verde y, cuando me muera, tendrán que erigir sobre mi tumba una lápida elogiosa.

De verdad soy digno de elogio, musitó para sí. Y así, entró plácido en el mundo de los sueños. O quizá habló en realidad entre sueños y, todavía dormido, abandonó el cobertizo y se acercó al maíz recién arado para ararlo una vez más. Los golpes de la azada sonaban monótonos y claros en el silencio de la noche, como una canción popular tocada con un único instrumento que se propagaba a lo largo y ancho de la sierra. En lugar de acostarse al concluir la tarea, se echó la azada al hombro y se dirigió a otra parcela, contuvo la respiración y buscó semillas en las ratoneras. Al despuntar el día descubrió que el cuenco que había dejado vacío la noche anterior estaba repleto de semillas mezcladas con heces de ratón, y se quedó estupefacto durante un largo lapso de tiempo.

El saco que colgaba de uno de los postes del cobertizo estaba lleno hasta la mitad y las preocupaciones que lo habían atosigado se desvanecieron sin dejar rastro. Tres días atrás, al mediodía, el anciano dormía cuando el perro lo despertó gruñendo y tirando de él. Le mordió la camisa y lo condujo algunas decenas de pasos hasta la linde de una parcela. El anciano encontró allí otra ratonera repleta de granos que se llevó y pesó: cuatro onzas y media. Así, resultó que el perro ciego era capaz de encontrar ratoneras. Daba vueltas por los campos con su cabeza de chorlito, husmeaba el suelo y allí donde había una ratonera empezaba a ladrar alborozado.

De este modo, el saco se fue hinchando rápidamente y el anciano no tenía ya que levantarse a altas horas de la madrugada para hundirse en la tierra y contener la respiración. Ahora bastaba con conducir al perro a una parcela y las ratoneras salían sin falta bajo la hoja de la azada. Aunque la mitad estaban vacías, tenía comida de sobra. En cuestión de días el saco estaba lleno hasta el borde. Pero el anciano se confió y dejó de apurarse por escarbar las ratoneras de la ladera, sin saber que los roedores habían dejado de extraer las semillas de los sembrados y de cargar con ellas a dos carrillos para almacenarlas en sus guaridas. Los ladridos del perro y la azada del anciano los habían puesto en guardia y ahora se dedicaban a acabar con las existencias, como si de una competición se tratara. Hasta que llegó el día en que el sol pareció arder con una intensidad diez veces mayor, la sierra era una plancha de hierro al rojo vivo y al anciano, incapaz de dormir la siesta, se le ocurrió pesar la comida. Sacó la balanza. A la sombra, el plato vacío pesaba una onza, pero si la ponía al sol, era una onza con dos décimas. Confundido, llevó la balanza a una pendiente en la que el sol caía de lleno y pesó una onza y dos décimas y media.

Se quedó de piedra. Cuando el sol brillaba con mayor ímpetu, sus rayos se podían pesar con la balanza. Corrió al camino de la cresta del monte y descubrió que allí el plato pesaba una onza y 3,1 décimas. Si deducía la onza que pesaba el propio plato, salía que los rayos del sol pesaban 3,1 décimas. El anciano escaló varias cumbres, cada una superior a la anterior, y advirtió que en la cima más alta el sol pesaba 5,3 décimas.

A partir de aquel día, el anciano se dedicó a pesar los rayos del sol. Cuando amanecía, los rayos en torno al cobertizo pesaban dos décimas, al mediodía subían a más de cuatro y al atardecer volvían a ser dos.

Pesaba además los cuencos y los cubos del agua. En una ocasión, pesando la oreja del perro ciego, el animal hizo un gesto brusco y el peso le golpeó la cara. Arreó al perro un porrazo en la

cabeza.

Después de cuatro días pesando el sol, cuando ya se había comido una parte importante de las semillas de maíz, se decidió a pesar el grano del saco cuenco a cuenco. Al sumar las cantidades, se quedó desconcertado. El alimento restante solo alcanzaría para que el perro y él comieran medio mes. Entonces cayó en la cuenta de que hacía muchos días que no buscaban ratoneras.

Lo que nadie podía imaginar es que ya era demasiado tarde. Los ratones llevaban días sobre aviso y se habían comido todo el grano que habían acumulado. El anciano pasó toda la tarde inspeccionando siete parcelas con el perro, excavó treinta y una ratoneras y acabó molido, pero no logró sacar más que ocho onzas de grano. Al declinar la tarde, cuando la última luz se derramaba sanguínea desde los montes occidentales y se precipitaba sobre el camino de la cresta como cenizas, cuando las hojas del maíz que se habían pasado el día enrolladas sobre sí dejaban escapar un dilatado suspiro y se abrían quedamente, el anciano agarró el medio cuenco de granos de maíz y heces y fue consciente de que los ratones de la sierra se estaban disputando la comida con él y con el perro ciego.

¿Dónde se habrán llevado el grano?, se preguntó el anciano.

Por más listos que sean, no pueden serlo más que yo, pensó.

Aquella noche, el anciano y el perro fueron aún más lejos en busca del chillido de los ratones. Se pasaron la noche entera recorriendo tres parcelas, pero sus oídos no percibieron el más mínimo atisbo de chillido de roedor. Cuando la luz despuntó por el este, regresaron. ¿Dónde se habrán metido?, preguntó el anciano al perro. ¿Dónde? Allá donde estén, habrá alimento. Lo primero que debemos hacer es encontrarlos. Los rayos solares incidían feroces sobre los ojos secos del perro, que giró la cabeza y caminó de espaldas al sol, de manera que dejó de oír las palabras del anciano.

¿Crees que pueden estar escondidos desafiándonos?

El animal se detuvo y se giró en busca del sonido de los pasos del anciano.

De vuelta al cobertizo, inspeccionaron el tallo de maíz, del grosor de la muñeca de un niño. Al anciano le tocaba ahora ir a la aldea a escurrir el sobrecolchón y llenar dos cubos de agua, y ordenó al perro que lo siguiera. Este, sin embargo, se tendió inmóvil en el cobertizo. Venga, en marcha, dijo el anciano. Vamos a la aldea a ver en qué casa se han metido los ratones. Allí donde los encontremos, buscaremos comida. Así, el perro lo siguió de camino a la aldea.

Pero, salvo el par de ratones que sacaron ahogados del pozo, no hallaron más rastro tras ninguna de las puertas que forzaron. Cuando, uncido a dos cubos de agua que no llegaban a la mitad, el anciano llegó al terreno en cuesta a ocho *li* y medio de distancia, lo encontró todo patas arriba. A más de un *li* de la parcela, el perro, de pronto impaciente y nervioso, se puso a lanzar ladridos entre lívidos y cárdenos, ya sueltos, ya encadenados, que olían a hematoma. El anciano apretó el paso. Escaló una ladera y el terreno en cuesta apareció ante sus ojos. El perro dejó de ladrar al instante, echó a correr como loco hacia el cobertizo y, en varias ocasiones en que pisó el borde del precipicio, a punto estuvo de caer rodando por él. El ruido de sus pasos resquebrajaba la luz sobre el suelo, que estallaba como una botella de cristal reventada. Acompañando las sacudidas de la carrera, impetuosos ladridos se derramaban sangrientos por los campos.

5

El anciano se quedó petrificado.

De pie en la parcela oyó a lo lejos, entre los resquicios de los ladridos, el chillar tupido de los ratones, como una lluvia fina. Dirigió la vista al cobertizo y vio que el saco repleto de grano se había caído del poste y que su contenido rodaba desperdigado sobre el duro suelo. Una horda de ratones grises y negros, trescientos, quinientos, o acaso un millar, se disputaba las semillas de maíz, huyendo hacia un lado y el contrario. Los granos rodaban bajo sus patas y se les derramaban de la boca. Los crujidos del mascar y las alegres risotadas de los ratones se mezclaban y se precipitaban como un aguacero sobre el terreno en cuesta. El anciano estaba paralizado. Los cubos le resbalaron de pronto del hombro y uno de ellos tintineó barranco abajo. La luz del sol resplandecía cenicienta a lomos de los animales, como humo denso sobre un montón de leña a punto de arder en el instante en que abriga una llama. Inmóvil, vio cómo Ciego embestía contra el cobertizo, se daba de lleno contra uno de sus postes y el aire se llenaba de sangre. En medio de la conmoción, perro y roedores se vieron envueltos en un segundo de confusión y silencio. Al momento siguiente, el perro ladraba girando sobre sí y, al no ver a los ratones, arañaba el cobertizo con las patas. Los ratones, inconscientes de su ceguera, dejaban escapar alaridos verdinegros aterrados por la ira del perro. Gritos de estupor y maldiciones revolucionaron de pronto la quietud que había reinado en la sierra durante los dos últimos meses.

El anciano corrió al cobertizo. Pisó un ratón con el pie, oyó un aullido agudo y sintió que las salpicaduras de sangre que fueron a parar al pie contrario le quemaban como aceite hirviendo. Se abalanzó sobre la cerca de esterillas, se deslizó dentro y allí halló para su sorpresa dos ratones sedientos que mordisqueaban el tallo, verde y fresco como el agua. Al oírlo llegar, los roedores se sobresaltaron momentáneamente y huyeron. Constató que el tallo permanecía enhiesto como un pincel al sol y su corazón se sosegó tras el vuelco. Dio media vuelta y vio que en el saco caído se revolvían todavía unos cuantos ratones hambrientos. Agarró la azada, apoyada contra las esterillas, y golpeó el saco. De repente volaron bajo el sol gotas como perlas rojas. Dio cuatro, cinco golpes más, saltó por los aires pelo de ratón y el suelo se cubrió de sangre. Las docenas de ratones que quedaban gritaron despavoridas y salieron en espantada en todas direcciones. Se perdieron de vista en un instante.

El perro ciego había dejado de ladrar.

El anciano jadeaba con la azada en la mano.

La sangre se olía y se veía por doquier.

Y la sierra se sumió de pronto en un silencio sepulcral, mucho más denso y pesado que el de los últimos días. El anciano estimó que cerca se escondían decenas de miles de ratones que

volverían a atacar tan pronto se alejara. Barrió con la mirada la sierra dorada y se sentó en la azada a recoger los granos del suelo. Ciego, dijo, ¿qué vamos a hacer? ¿Puedes quedarte al cuidado de esto?

Tendido frente al anciano, sobre el suelo chamuscado por el sol, el perro sacaba la lengua, larga y fina. No tenemos agua que beber. Ni tú ni la planta ni yo. El anciano no cocinó aquel día; se aguantaron el hambre. Al caer la noche hicieron guardia junto al cercado de esterillas, por miedo a que volvieran los dos ratones y acabaran con el maíz en unos cuantos bocados. Permanecieron en vilo hasta que se hizo de día y no vieron más roedores. Cuando el sol alcanzó el mediodía, el anciano vio que las hojas del maíz se estaban apergaminando y se echó los cubos al hombro.

Ciego, quédate vigilando.

Tumbate a la sombra y pega una oreja al suelo. Ladra contra cualquier cosa que oigas moverse.

Voy a por agua. Por lo que más quieras, pon mucha atención.

El anciano volvió con medio cubo de agua. Lo encontró todo en calma. Cuando sacó el sobrecolchón del pozo y lo escurrió, halló cuatro ratones muertos, empachados de agua, con el pelo de punta y llenos de piojos que todavía se movían. Comió hasta saciarse y, cuando se puso a moler los granos de maíz sobre dos piedras para hacer harina, empezó a preocuparse. El asalto de los ratones había dejado solo medio saco de grano. Lo pesó: seis libras y cuatro onzas. Con tres medias comidas diarias, el anciano y el perro consumían una libra.

Y cuando pasen seis días, ¿qué?

El sol se ocultaba otra vez tras la montaña y las cimas occidentales se tiñeron de un rojo sanguinolento. El anciano observó los cinco o seis tonos de rojo y pensó que pronto llegaría el día en el que el grano se habría acabado. Se volvió hacia el maíz. En su ápice comenzaban a despuntar brotes rojos y blancos. Calculó los días que faltaban para que salieran los hilachos y comenzara a formarse una mazorca, y reparó de pronto en que hacía mucho que no llevaba la cuenta de los días ni sabía en qué día de qué mes vivía. Fue consciente de repente de que no tenía más concepción del tiempo que el día: la claridad y la noche, la aurora y el ocaso, el declinar de la luna y la salida del sol. Había perdido la noción del calendario y de los meses. Sintió que su cabeza estaba vacía. Ciego, ¿hemos pasado ya el primer día de otoño?, preguntó sin mirar al perro. Tal vez hayamos alcanzado ya el final del calor... La panícula del maíz brota en torno al final del calor.

El anciano entornó los ojos y molió algunos granos de maíz en la concavidad de una piedra. Observó cómo Ciego olfateaba el suelo y se acercaba después al barranco con un ratón, que llevaba dos días muerto, en la boca. Al llegar al borde, sacudió la cabeza y lo lanzó.

El anciano percibió un leve hedor caliente.

El perro agarró con el hocico otro roedor muerto y se dirigió al barranco.

Tendría que hacerme con un almanaque. El anciano fijó la mirada en el perro. Sin almanaque no hay forma de distinguir los días y los meses, y sin estos no podemos saber cuándo madurará el maíz. Tal vez le falte un mes, tal vez sean cuarenta días. Pero, ¿qué vamos a comer en todo ese tiempo? Los ratones han acabado con todas las semillas que había en los campos.

Levantó la cabeza quedamente y oyó un aullido lejano que se elevaba desde los montes occidentales. Dirigió hacia allí la mirada. Entre dos cumbres, el sol era engullido por una tercera. Las salpicaduras de rojo sangre que dejaba tras de sí fluían de las cimas al valle y anegaban al

anciano. El mundo entero guardaba silencio en aquel instante. Una vez más, llegaba el momento de mayor quietud, entre la caída de la tarde y la llegada de la noche. En tiempos pasados, era la hora a la que las gallinas se encaramaban a sus palos, los pájaros regresaban a sus nidos y trinos y gorjeos lo inundaban todo como agua de lluvia. Pero, de pronto, no hubo nada. Habían desaparecido el ganado y los gorriones y hasta los cuervos habían volado huyendo de la sequía. Atrás quedó solo un silencio sepulcral. El anciano observó el sol rojo sangre, cada vez más fino, y escuchó el sonido de sus rayos alejándose, como un manto de seda granate que se va recogiendo lentamente. Reunió los restos molidos del maíz y pensó: Otro día que acaba. ¿Qué vamos a hacer cuando se nos eche encima el mañana?

Pasaron tres días y poco importó la prudencia del anciano al ahorrar harina de maíz, pues esta se vio reducida de todos modos a la mitad. ¿Dónde se habrán metido los ratones?, pensó. ¿Qué comen para sobrevivir? La cuarta noche llevó al perro hasta el maíz: Quédate al cuidado de la planta y ladra contra cualquier cosa que oigas moverse. A continuación, cargó con la azada, subió a la cresta del monte y caminó hacia el norte. Cuando llegó a la parcela más alejada de la aldea, colocó la azada en medio del campo y se sentó sobre el mango hasta que clareó por el este, pero no oyó el más mínimo ruido de roedores. Ya de mañana, llevó al perro a la parcela para que lo ayudara a buscar ratoneras. Aquellas que escarbaron no contenían ratones ni alimento, solo heces como granos de arroz y grava que quemaba en las manos. Recorrió los surcos de los sembrados y aunque hurgó con la azada decenas de veces no extrajo ni una semilla.

No debe de quedar alimento en toda la sierra, supuso el anciano.

Ciego, dijo, ¿crees que nos moriremos de hambre?

El perro miró al cielo con los pozos hondos de sus ojos secos.

Nos podemos olvidar de ver madurar el maíz, añadió.

Al caer la tarde del quinto día, después de que el sol se ocultara por completo, llegó la noche crepitando y los montes quedaron envueltos en una negrura sin luna ni estrellas. Los árboles desecados se libraban en aquella hora de los abrasadores rayos del sol y al percibir un rastro de humedad dejaban escapar suspiros suaves, negros y sedosos. Anciano y perro se sentaron junto al maíz para disfrutar de su olor. El anciano engullía a bocados los efluvios del cereal, aromas de comida que le recorrían las tripas con el estruendo de un carro de caballos y que se esforzaba en contener, comprimiendo los orificios, para que no se le escaparan del cuerpo. Y así, tragando, oyó la luz suave de la luna tocar tierra. Ciego, ven tú también a dar unas bocanadas y verás cómo no tendrás hambre. Cuando después de llamarlo un par de veces, el animal no reaccionó, se giró y lo vio inmóvil, como hecho en barro, junto a la esterilla. Alargó la mano para tirar de él y se asustó de pronto. Las costillas del animal sobresalían cortantes como cuchillos. El anciano se llevó la mano a la barriga y notó una capa de piel cuarteada y sucia, que se arrancó y tiró al suelo. Cuando volvió a acariciarse la tripa, ahora blanda, llegó hasta la columna.

Ciego, mira, ha salido la luna. Duérmete, verás cómo dormido se te quita el hambre. Los sueños sirven de alimento.

El perro se incorporó y se dirigió al cobertizo tambaleándose.

No vayas hasta el cobertizo, dijo el anciano. Ahórrate el esfuerzo y duérmete ahí mismo, en el suelo.

El animal se tendió de nuevo donde estaba y no se volvió a mover.

6

El arco delgado de la luna asomó despacio tras las nubes y la sierra se tiñó con su tono acuoso. El anciano abrió los ojos en la oscuridad, dirigió la mirada al azul del cielo nocturno y rezó: Dios del Cielo, estoy a punto de morirme de hambre. Mándame algo de comida, permíteme vivir unos días más. Déjame al menos sobrevivir al perro, para que pueda darle sepultura en un buen pedazo de tierra y evitar que los ratones acaben con su cuerpo, para que su paso por este mundo no haya sido en vano. Y cuando el perro muera, déjame sobrevivir a este maíz. Si me quedé, fue por él. Permíteme cosecharlo. Y cuando el maíz madure, tampoco me dejes morir. Dame hasta que caiga la primera lluvia y vuelvan los vecinos que se marcharon por la sequía. Permíteme hacerles entrega de este maíz, pues aquí está la simiente de toda la sierra. El anciano rezaba de este modo, acariciando una hoja de la planta con una mano, mientras se arrancaba la roña de la piel con la otra. Cuando fue conciliando el sueño, posó las piernas con cuidado sobre el lomo del animal y le dijo: Duérmete, Ciego. Con el sueño se olvida el hambre. Sus ojos se cerraron de golpe y se adentró en el sueño de puntillas.

Sumido en el más dulce sueño, notó que el perro se movía bajo sus piernas. Acto seguido, el gruñido verdiazul del animal le martilleó los oídos como una piedra. Se sentó en el suelo de pronto y oyó en la cresta del monte el chillido ahogado de los ratones y el sonido de sus garras corriendo en tropel a toda velocidad. El perro se puso en guardia junto al maíz y comenzó a ladrar hacia el camino de la cresta. El anciano se le acercó, le acarició la cabeza y le pidió que se quedara al cuidado del tallo. Estaba a punto de rayar el día, la luz de la luna era clara y brillante y en el aire flotaba una tenue fragancia húmeda. Fue hasta el cobertizo, se agachó mirando al camino de la sierra y notó un fuerte olor a orina de roedor y polvo en suspensión.

Parpadeó y vio en el camino de la sierra una nube negra que corría hacia el sur a gran velocidad. Salió del cobertizo temiendo que la manada de ratones se diera de pronto media vuelta y se abalanzara sobre el maíz. En la cerca de esterillas, el tallo se mantenía derecho y verde como el jade. Ciego levantó las orejas negras y brillantes, tías en el aire. No se te ocurra ladrar, dijo el anciano acariciándoselas. No alertes a los ratones de que aquí hay alguien, porque saben que allá donde hay gente, hay comida.

El estruendo como aguacero que cruzaba el camino de la sierra se acalló. El anciano dio unos golpecitos al perro en la cabeza y subió a la cresta a tientas. Una decena o una veintena de ratones rezagados corrían hacia el sur chillando. Le costaba creer que el suelo del camino, antes duro como una placa de hierro, tuviera ahora una capa de tierra de un dedo en la que las huellas de los ratones se superponían sin dejar un hueco libre en el que clavar una aguja.

El anciano, perplejo, se quedó junto al camino.

¿Hacia dónde se dirigirá este gran éxodo?

Tal vez la gran sequía dure para siempre, se dijo el anciano, ¿por qué se van si no? ¿No dicen acaso que a los ratones les basta con tener agua, madera y esterillas para no morir de hambre? Si hasta los ratones se van, está claro que la sequía durará hasta quién sabe cuándo. Así cavilaba el anciano cuando, al girarse, volvió a oír un ruido indistinto, parecido al de la lluvia, que procedía del norte. Pero el anciano sabía que no se trataba de un aguacero, sino de un nuevo tropel de ratones que se acercaba. Con el cuerpo encogido, se apostó en un alto desde el que otear la distancia con la primera luz del día. La sangre se le coaguló de pronto en las venas. Más que ratones, aquello que recorría la sierra en dirección al sur parecía una inundación que se desbordara por el camino de la cresta. Al frente de la gran riada chillaban ratones violáceos que, como lobos aullando, guiaban a la manada. Tras estos, la masa avanzaba ondulante, formando oleaje y provocando un ruido atronador que, a medida que se acercaba, pasaba de parecer lluvia fina a un diluvio que cubriera cielo y tierra. Numerosos ratones saltaban de repente como peces sobre la superficie del agua y se sumergían de nuevo en la riada. El cielo comenzaba a clarear y en el aire turquesa se percibía un olor a orín cada vez más intenso y asfixiante. El anciano se palpó el sudor repentino de las manos, consciente de que si aquella masa viraba, el perro ciego, el maíz y él mismo se podían olvidar de este mundo. Los ratones, enloquecidos por el hambre, morderían hasta la nariz y las orejas de una persona. Quiso correr hacia Ciego para pedirle que no hiciera ruido, pero ya era demasiado tarde. El tropel de ratones se enroscaba en una nube negra como el betún. Con un gesto rápido, el anciano se escondió detrás de una acacia cuyo tronco apenas tenía el grosor de su brazo. Al frente de la masa destacaban unos cuantos ratones enormes, cubiertos de pelo negro y brillante, con cabezas que parecían más propias de un gato o de una comadreja. El anciano no había visto nunca ratones tan grandes. Deben de ser los Reyes Ratón de los que hablan los antiguos. Vio que los reyes ratones de la delantera tenían los ojos verdes y brillantes, con destellos color azul. Cabalgaban como caballos voladores y cubrían medio metro de un salto, mientras que el polvo que levantaban les cubría los lomos como un manto de fieltro. Al anciano le picaba la garganta, pero se la apretó con la mano para contener la tos. Se hizo de día y llegó fresca la mañana como de costumbre. En el azul del cielo había algunas nubes blancas como escamas. Huelga decir que los rayos del sol, incisivos, amenazaban con ser más mordaces que en días pasados. De lo contrario, ¿por qué correrían así los roedores? El anciano salió de detrás del árbol. Ningún ratón se percató de su presencia. No temían a los hombres, sino al cielo y al sol; a la sequía abrasadora. Se quedó inmóvil junto al camino, viendo a los ratones pasar chillando y oyendo sus cuerpos blandos golpear el suelo como tomates maduros. No entendía cómo habían logrado aunarse todos aquellos ratones, que amontonados serían más altos que una montaña, para dirigirse juntos al sur, como si los hubieran llamado a filas. ¿Al sur, adónde? ¿Dónde había comida y agua sin que abrasara el sol? Un sol fulgurante de rojo y dorado se elevaba por el este. El anciano reparó en que también los ojos de los ratones se habían vuelto rojos y brillantes, como perlas que rodaran por el camino. Cientos de ratones expulsados por la aglomeración corrían en dirección a los campos, a un lado y otro, y desaparecían en un instante, hacia no se sabe qué lugar.

7

Salió el sol y en sus rayos flotaban pelos de ratón, grises y plateados, como polen de sauces y álamos bien entrada la primavera. El anciano dejó escapar un largo suspiro desde el camino y bajó la cuesta. Sus pasos resonaron viejos y cansados en el silencio claro de la mañana. Se acercó a la cerca de esterillas y vio al perro con los ojos ciegos fijos en el camino y con gotas de sudor que le resbalaban por las orejas caídas.

¿Te has asustado?, preguntó el anciano. El perro no contestó, tan solo se tumbó a sus pies. ¿Será una sequía catastrófica? El perro guardó silencio, con la cara vuelta al maíz de hojas verdes.

El anciano se sobresaltó. En las hojas de la planta habían nacido pequeñas manchas blancas como semillas de sésamo que acusaban la falta de agua por la dilatada sequía. Sin embargo, a pesar de la aridez, al maíz no le había faltado nunca agua. El anciano había levantado un pequeño montículo de tierra en torno al tallo y lo regaba prácticamente a diario. Se agachó y escarbó en su interior. Bajo un dedo de suelo desecado, la tierra estaba húmeda. Se incorporó con un puñado de barro en la mano y comprendió que las manchas no eran resultado de la aridez, sino del hedor a orines de ratón que cubría los campos de la montaña entera.

De entre todos los tipos de estiércol, la orina de ratón es la más calcinante, pensó el anciano, por lo que su olor a la fuerza debe tener el mismo efecto. La planta se pasa la noche envuelta en un olor a pis de ratón que la abrasa y hace que le salgan marcas de sequedad. Acercó la oreja a una de las hojas y oyó el susurro de las manchas expandiéndose. Se dio la vuelta, aspiró profundamente y reconoció un fuerte olor a orina negra y seca que afluía en dirección al maíz como un río.

Es decir: el tallo no tardaría en morir.

Es decir: para que la planta sobreviviera, sería preciso que lloviera de inmediato, que el agua enterrara bajo los campos aquella pestilencia letal a orina de roedor y lavara el veneno del maíz.

El perro notó la alarma de su amo. Ciego, le dijo el anciano, tú quédate aquí que yo voy a buscar agua, y sin prestar atención a la respuesta que pudiera darle el animal, agarró los cubos y se fue a la aldea.

La aldea seguía sumida en el silencio más absoluto. Las calles estaban repletas de heces de ratón y el sol agrandaba las grietas en las puertas de las casas. Fue directo al pozo, sin detenerse a nada más. Pero al tirar del sobrecolchón, no sintió peso alguno ni oyó un chorro de agua caer, como venía siendo habitual. Cuando se asomó, su tez palideció y las manos se le petrificaron en la cuerda.

Pasó un dilatado espacio de tiempo hasta que volvió a tirar de ella. No quedaba nada del

sobrecolchón, tan solo un pedazo de tela comido de agujeros y unos cuantos ratones muertos e hinchados de agua, que volvieron a caer al fondo del pozo con una decena de plops.

Los ratones sedientos se habían tirado al pozo y se habían comido el sobrecolchón empapado.

El anciano recorrió la aldea en busca de otro sobrecolchón o de algún edredón.

Entró primero en las casas a las que había acudido buscando comida, pero apenas estuvo un instante en el umbral. Los ratones habían arrasado la aldea entera. Baúles, mesas, armarios y camas, todo cuanto había contenido comida o textil estaba repleto de agujeros, mordisqueado como un girasol sin pipas. De casas y patios emanaba un olor a paño, amarillento y blanco, que se mezclaba con los efluvios del orín de ratón. El anciano entró en más de diez casas y de todas salió con las manos vacías.

Emergió de un callejón con tres varillas de bambú, las acopló unas a otras y fue a la letrina de un patio trasero en busca de uno de aquellos pequeños cazos de madera que se empleaban para sacar las heces (los fuelles de las cocinas, las tablas de picar, los cuencos de madera y los de porcelana habían sido mordisqueados y hechos trizas por los ratones). Enganchó el cazo al extremo de las varillas y lo introdujo tres veces en el pozo, pero las tres veces sacó solo ratones muertos. Aprovechando la luz que le caía en picado sobre la coronilla, se asomó y constató que, en efecto, no quedaba agua. En el fondo se amontonaban ratones negruzcos como patatas medio podridas en una bodega. Algunos, todavía vivos, se movían sobre los cadáveres de los muertos, escalaban unos palmos por las paredes y volvían a caer con un golpe, dejando escapar gritos de dolor que subían por el pozo. El anciano regresó con los cubos a la parcela a ocho *li* y medio de distancia.

La sierra vacía se extendía infinita en todas direcciones hasta que, a millas de distancia, las montañas se juntaban con el cielo como fuego llameante. Cuando el anciano llegó a la parcela, el perro se acercó corriendo a recibirlo. El pozo se ha secado, dijo el anciano. Está lleno de ratones muertos y no queda agua. ¿Han venido los ratones?, preguntó. El animal sacudió la cabeza. Vamos a morir en sus garras, añadió. Otro tanto para el maíz. No pasaremos de unos cuantos días.

A la sombra del cobertizo, el perro dirigió abatido los ojos al cielo. El anciano depositó los cubos y se asomó al cerco de esterillas. Las manchas blancas de las hojas habían crecido hasta alcanzar el tamaño de una uña. En silencio, ante la planta, observó durante un largo rato, cómo dos manchas de la undécima hoja se dilataban hasta unirse y formar otra mayor, calcinada y alargada como una vaina de guisantes. Sus ojos viejos y mareados pestañearon y una vena le asomó violácea en el cuello como raíces que sobresalieran de la tierra. Salió del cercado y agarró el látigo, apuntó con él al centro del sol y, ¡zas!, lo sacudió una decena de veces seguidas, dibujando en el suelo sombras fugaces. La vena del cuello desapareció, colgó de nuevo el látigo en uno de los postes del cobertizo, se echó al hombro la vara de cargar con dos cubos y enfiló el camino de la cresta sin mediar palabra.

El perro lo observó de hito en hito. Su mirada, negra y desolada, destiló desconsuelo con sabor a lágrimas, hasta que el sonido de los pasos del anciano se fue acallando y desapareció. Entonces dio media vuelta lentamente y se dejó caer junto a la planta, bajo el sol.

El anciano fue a buscar agua.

Estaba convencido de que allá de donde procedían los ratones debía haber agua o, de lo contrario, no habrían aguantado tanto. Si han migrado, pensó el anciano, ha sido sin duda por falta de alimento, o no habrían arrasado con todo cacharro de madera que conservara el más leve sabor a comida y con todo el paño de la aldea. Seguro que no se han ido por falta de agua, cavilaba. Los

rayos del sol brillaban rojos, rectos como pinceles. En su andar por la sierra vacía, aquellos rayos fulgurantes le parecían achaparrados y robustos, y casi se podían contar uno a uno a ojos vistas. Los cubos, uno delante del hombro, el otro detrás, emitían quejidos lastimeros y rotos, como suspiros que emanaran del suelo cuarteado. El anciano oía aquel ruido pálido bajo el otro, color tierra, de sus pasos solitarios, y sintió que la soledad que lo embargaba superaba con creces la sequía que assolaba el mundo. Dejó atrás tres pueblos y en todos halló pozos cubiertos de paja y yerbajos en los que no había rastro de moho ni humedad. Decidió no pararse en más pueblos en busca de agua, pues, de haberla, sus habitantes no habrían huido, y se adentró en un barranco tras otro, buscando en las hondonadas restos de humedad y barro. Había cruzado varios riscos cuando, en un desfiladero alargado y estrecho, vio un arbusto de carrizo a la sombra de una roca. Diablos, dijo, no es posible que no haya una salida. Se sentó en la piedra a recobrar el aliento, arrancó una de las pajas del carrizo, la mordisqueó, succionando su jugo dulzón, y se la tragó. Si en este barranco no hay agua, soy hombre muerto, se dijo.

Siguió adentrándose en el desfiladero. A cada paso, su fuerte resuello caía ante sus pies como piñas en invierno. No sabía cuánto había andado. Cuando se detuvo a mascar el carrizo, el sol se dirigía, mitad claro y mitad rojizo, hacia los montes occidentales. Ahora que la tierra cuarteada había sido reemplazada por un continuo de arena blanca, el sol estaba suspendido de rojo sangre sobre aquellos mismos montes.

8

Caía la tarde cuando el anciano encontró el manantial. Ya antes había notado que la arena blanca se iba humedeciendo y tiñendo de un rojo claro, y que sus pies cansados, achicharrados después de un día entero de marcha, obtenían frescor y consuelo. Siguió avanzando sobre la arena mojada y, cuando el desfiladero se estrechó hasta casi estrujarle los hombros, llegó a sus oídos un goteo de agua que parecía música. Levantó la cabeza y un verde sobrecogedor le llenó la vista. Se detuvo. Hacía cinco meses que no veía tal follaje y casi se le había olvidado lo que era. Entre los juncos y el carrizo fresco había nacido toda suerte de florecillas blancas, rojas y rojiblancas. De pronto, los rayos abrasadores del sol estaban impregnados de un intenso aroma a hierba, fresco, dulce y jugoso, que recorría el desfiladero sonoramente. Le picó la garganta. Quería beber y una sequedad repentina e inexorable se había apoderado de sus labios agrietados. El goteo que se precipitaba por el desfiladero había formado varios pasos más allá un estanque pequeño, como media esterilla, sobre un pedazo de hierba que casi se le antojó un espejo reflejando una imagen de verde espesura.

Sin embargo, en el preciso momento en que se disponía a soltar los cubos y lanzarse a beber al borde del estanque, se detuvo en seco. Tragó saliva densa, paralizado. Entre la hierba había un lobo de piel parda, similar en tamaño al perro ciego, de ojos verdes y brillantes. El lobo pardo se sobresaltó al ver aparecer al anciano. Cuando un instante después comprendió para qué traía los cubos, su mirada se volvió fiera y hostil, y combó las patas delanteras dispuesto a embestir en cualquier momento.

Clavado en el sitio, el anciano miraba al animal sin pestañear. El lobo estaba allí por el manantial. El anciano bajó la mirada lentamente y advirtió alrededor de la hierba pelo y plumas grises, blancas, marrones. Eran pelo de bestias y plumas de aves. El corazón se le heló al comprender que el lobo aguardaba junto al estanque a que los animales acudieran a beber. Su cuerpo flaco daba a entender que tal vez llevara cuatro o cinco días sin comer, esperándolo. Dos pasos más allá, advirtió manchas oscuras de sangre sobre una roca e infinidad de cráneos de ratón, como dátiles o nueces podridas, entre huesos de todos los tamaños. Sintió un olor frío a sangre fresca y otro claro a carne podrida. Las manos con las que agarraba la vara de cargar le sudaban y las piernas le temblaban ligeramente. El lobo dio un paso al frente y, mientras se le acercaba pisando la hierba, que crujía más verde que blanca, el anciano se agachó con gesto veloz, dejó los cubos en el suelo y sostuvo la vara en alto, paralela al suelo, apuntándole a la cabeza.

Este gesto hizo retroceder medio paso al animal. El verde de su mirada, cargada de odio, cayó amarillento al suelo.

El anciano lo miró a los ojos.

Y el lobo le devolvió la mirada.

Ambas miradas colisionaron en el aire como en un conducto estrecho, crepitando llameantes. El goteo del manantial resonaba azul claro, atronador como una explosión. El sol estaba a punto de ocultarse y el tiempo pasaba galopando como una carga de caballería entre sus miradas. Al frente, el rojo sangre sobre el desfiladero comenzó a aclararse y una brisa fresca bajó del monte. En algún momento, la frente del anciano se había perlado de sudor y el cansancio había aflorado bajo sus pies, trepándole por las pantorrillas y los muslos. Era consciente de que no podía seguir allí paralizado por mucho tiempo. Había caminado durante el día entero, mientras que el lobo había estado tendido en el suelo; no había dado un trago de agua, en cambio el lobo había permanecido junto al manantial y bebido cuanto había gustado. Se recorrió los labios secos y cuarteados con la lengua y notó la piel levantada como espinas. Lobo, sigue con tu guardia, pensó, ¿pero acaso podrás beberte tú solo el estanque entero? Y añadió: Eh, déjame cargar los cubos y yo te preparo unas gachas de maíz. El anciano agarraba la vara de madera de sauce cada vez con más fuerza, apuntando a la frente del lobo. Las cuerdas con los ganchos de los que habían colgado los cubos pendían inmóviles.

Pero el lobo suavizó la mirada, pestañeó y a continuación abrió mucho los ojos. El anciano comprendió que su firmeza se había atemperado.

Oyó la luz del sol cayendo lentamente al otro lado de la montaña como una hoja seca. Probó a bajar la vara y la apoyó finalmente sobre un pedazo de hierba.

Mañana te traeré un cuenco de comida, dijo.

El lobo relajó las patas delanteras y dio media vuelta. Rodeó el estanque y se dirigió, decidido aunque sin fuerzas, hacia la boca del desfiladero. Todavía tuvo tiempo de volver la cabeza antes de proseguir su marcha. Sus pasos, solitarios y suaves, reverberaron entre las rocas y se fueron apagando. El anciano lo siguió con la mirada hasta que se perdió en una curva, dejó caer la vara y se desplomó de rodillas sobre el suelo. Se enjugó el sudor de la frente, sintió un escalofrío incontenible y entonces se dio cuenta de que los calzones —la única prenda que llevaba encima— se le habían adherido a los muslos por el sudor.

Dejó escapar un largo suspiro. No se vio capaz de hacer acopio de fuerzas para ponerse en pie y, arrodillado como estaba, se arrastró varios pasos hasta el borde del estanque. A cuatro patas, metió la cabeza en el agua y abrevó como un buey. En un abrir y cerrar de ojos, el agua fresca le inundó la boca y le permeó hasta la planta de los pies. Bebió hasta hartarse y se lavó la cara. Cuando los rayos del sol que entraban por la boca del desfiladero, aunque todavía rojos, tuvieron el grosor de una hoja de papel, llenó los cubos de agua, los dejó a un lado y se quitó los calzones.

Se lavó entero junto al estanque.

Y mientras lo hacía, decía: Ay, lobo, lobo, ¿de dónde voy a sacar mañana unas gachas de maíz que darté, después de que hoy me hayas dejado cargar agua? Mejor te traigo unos ratones. Sé que te gusta la carne. Estoy viejo, pensó el anciano, me han abandonado las fuerzas y no me ha quedado más remedio que ceder. Hace diez años, o incluso unas décadas, no digo ya traerte ratones, haberte dejado escapar de la vara hubiera sido muestra de gran bondad, mascullaba sin cesar el anciano. Cuando el agua clara del estanque se enturbió, echó una meada a un lado. Los rayos de sol sobre el desfiladero eran ya más finos que una hoja y se habían vuelto rojo claro.

Arrancó dos puñados de hierba, los extendió sobre el agua y echó a andar lentamente hacia la entrada del desfiladero. El peso de los cubos combaba la vara en un arco que daba sacudidas a

cada paso, pero la hierba contenía el agua y evitaba que salpicara. El sonido ronco y grave de los cubos retumbaba por el desfiladero. Vaya si estoy más viejo, pensaba el anciano, tengo que andar despacio. Si alcanzo el camino de la cresta antes de que anochezca, no tendré nada que temer. La luz de la luna me guiará hasta el terreno en cuesta, rociaré agua sobre el maíz y las manchas secas dejarán de crepitar y agrandarse.

Iba despreocupado, por lo que la manada de lobos que flanqueaba la entrada del desfiladero lo pilló desprevenido.

Al frente de todos estaba aquel lobo pardo que igualaba a Ciego en tamaño. Cuando, al llegar a la boca del desfiladero, vieron salir al anciano, se detuvieron en seco. Pero el alto tan solo duró un instante, pues el lobo que los guiaba giró la cabeza y lanzó una mirada a los otros, que siguieron avanzando audaces en dirección al anciano.

Una sacudida lo recorrió de pies a cabeza. Fue consciente de haber caído en la trampa. No me tendría que haber dado un baño, pensaba, no tendría que haberme sentado a descansar junto al estanque. Tendría que haberme apurado, ahora estaría en el camino y los lobos se habrían quedado con un palmo de narices. Mientras cavilaba, fingió compostura y depositó con cuidado los cubos en un llano. Sin apresurarse, los desenganchó de la vara, se giró y avanzó con esta en la mano de cara a la jauría, como si no estuviera allí esperándolo. Caminaba con aplomo, sacudiendo la vara adelante y atrás y, mientras los lobos se dirigían hacia él, él se dirigía hacia los lobos. Los veintitantos pasos que los separaban se redujeron en un abrir y cerrar de ojos. Cuando no fueron más que una decena, el anciano siguió avanzando con calma hasta que casi pareció que le faltaba un suspiro para verse rodeado por las fieras.

Los animales se sobresaltaron al ver la tranquilidad del anciano. De pronto, ralentizaron el paso y se detuvieron en la boca del desfiladero.

El anciano iba directo a ellos.

Los dos lobos del frente retrocedieron y el corazón del anciano, que flotaba pendiendo de un hilo, se serenó. Alargó la zancada y anduvo con más brío. El ruido de sus pasos hizo que restos de grava se precipitaran por el precipicio. Los ojos de la jauría lo miraban de hito en hito. El anciano llegó al enclave más estrecho del desfiladero y desde ese cuello de botella contempló las paredes del precipicio entornando los párpados. Ocupaba un espacio de dos pasos de ancho, consciente de que los lobos no podrían rodearlo sin atravesar aquel cuello angosto que protegía con su cuerpo.

Había llegado la hora de la verdad.

Había bebido hasta saciarse y el agua del manantial le había aplacado el hambre y la sed. Pensó que si lograba defender su posición sin doblarse, tal vez saldría vivo de allí. El sol replegó al fin su luz roja y llegó puntual el ocaso. Los colores del desfiladero adquirieron el mismo tono pardo de los lobos y la quietud resonó quedamente en medio del crepúsculo, cayendo precipicio abajo. El anciano contó los lobos, que seguían sin entender su actitud tranquila. Eran nueve en total: tres grandes, cuatro del tamaño del perro ciego y dos pequeños, casi cachorros, nacidos ese mismo año.

El anciano seguía clavado en el sitio, como un árbol plantado.

La manada lo observaba con ojos de verde hierba que flotaban en el vacío. Un silencio sepulcral aplastaba la cordillera negra que formaban sus cabezas. El anciano no se movía, tampoco hacía el menor ruido, y los lobos parecieron comprender que si anduvo con tal rapidez fue precisamente para hacerse con aquella posición, en el cuello del desfiladero. Uno de los lobos viejos emitió un aullido verde y rojo. Acto seguido, la manada volvió a avanzar posiciones. El

anciano agarró con fuerza la vara y la clavó en el suelo ante él.

Los lobos se detuvieron.

Los separaban siete u ocho pasos. Con la última luz del día, el anciano vio que, de los tres lobos grandes, al del centro le faltaba un trozo de la oreja izquierda y cojeaba de una pata. Lo miró fijamente. Así, inmóviles, aguardaron unos instantes, al cabo de los cuales el lobo viejo volvió a emitir un aullido ronco y la manada avanzó. Cuando los separaban cinco o seis pasos, el anciano sacudió la vara en el aire, la sostuvo con manos firmes y apuntó con ella al centro de la manada, a la cabeza del lobo rey.

La jauría se detuvo.

El anciano clavó la mirada en el lobo rey sin perder de vista al resto. De los nueve lobos, los ojos que brillaban con más fuerza no eran los de los tres viejos, tampoco los de los cuatro medianos, sino los de los dos más jóvenes, que cambiaban por momentos su posición con respecto al grupo, situándose ya al frente, ya en el centro. Su mirada clara rielaba como agua al sol, con tintes de miedo y caos. Giraban la cabeza de tanto en tanto para observar al lobo rey, que ocasionalmente lanzaba un aullido verdirrojo que solo ellos entendían. Desapareció la última luz del ocaso y la oscuridad los fue cubriendo de arriba abajo. En medio de la negrura, los ojos de los lobos resplandecían como un estanque de aguas de jade. De la boca del desfiladero llegaba un olor a orín de lobo, no pastoso y espeso como el de los ratones, sino ligero y claro. El anciano se acordó del maíz y pensó que las manchas de sequedad quizás cubrirían ya las hojas enteras. Tal vez habrían alcanzado ya el tallo. Si no han llegado al corazón del tallo y la punta de la planta se mantiene verde, todavía se puede salvar. Así cavilaba el anciano cuando oyó de nuevo al lobo rey aullar con voz de lima. Tembló y pestañeó. No pienses en nada más que en los lobos, se dijo. Si te descuidas, morirás en sus fauces. Por suerte, los ojos verdes de la manada no se habían percatado de que andaba distraído con otros pensamientos. Con el aullido del lobo rey, la jauría avanzó. El anciano agitó la vara y los ganchos que pendían de ella golpearon las paredes del desfiladero. Su ruido helado hizo retroceder a los lobos.

Aquella confrontación en punto muerto colgaba como un puente suspendido entre las miradas del anciano y el lobo rey. Parpadearon, y el puente osciló en medio de gritos de alarma. El anciano no distinguía los cuerpos de los lobos, sino tan solo un conjunto de ojos verdes como perlas estáticas, y bastaba con que aquellas perlas se movieran un ápice para que él agitara la vara clamorosamente, obligándolas a retroceder. En aquel estancamiento, el tiempo pasaba con la lentitud de un carro tirado por bueyes viejos y silenciosos, aplastando con sus ruedas la determinación del anciano. Salió la luna, redonda como los ojos de los lobos. Debían de estar en el decimoquinto o decimosexto día del mes. Sopló una brisa fresca y el anciano notó una lombriz arrastrándose por su espalda. Estaba sudando. El cansancio y el adormecimiento de las piernas le trepaban cuerpo arriba, y es que aquella situación le restaba fuerzas con mucha más intensidad que el desgaste de los últimos días. Necesitaba ver a los lobos. Tal vez se habían echado sobre el suelo, cansados de permanecer de pie quietos, o habían aprovechado para moverse un poco y activar los músculos. Pero no. Los lobos seguían desplegados formando un abanico a cinco o seis pasos del anciano, como rocas que han soportado vendavales y aguaceros. El anciano oía el leve crujido de sus ojos al moverse y veía las chispas que el viento producía en el pelo fino de sus lomos. ¿Podré aguantar más que ellos?, se preguntaba, y se dijo: Tienes que aguantar, te va la vida en ello. Ellos tienen cuatro patas cada uno, cavilaba, y tú solo tienes dos piernas. Además eres un viejo septuagenario. Cielos, se dijo, apenas acaba de hacerse de noche y ya te restas fuerzas...

¿Acaso quieres regalarte a los lobos así sin más? Uno de los lobos jóvenes no aguantó más y se tumbó sin dirigir su atención al lobo rey. El otro cachorro lo imitó. El lobo rey los miró, emitió un ladrido magenta y los cachorros levantaron la cabeza a la vez y gruñeron una respuesta de brotes tiernos. Después, la manada se sumió de nuevo en el silencio. El cansancio se había apoderado de los lobos tendidos y, al verlos, el anciano sintió que se contagiaba, que las piernas se le reblandecían. Necesitaba ejercitarlas, pero se limitó a tensar los muslos, doblar las rodillas y enderezarse de nuevo.

Que no se den cuenta de que aguantas tan poco como esos cachorros. Si muestras debilidad, pensó, se abalanzarán sobre ti con fiereza; si logras mantenerte firme e inmóvil, sobrevivirás; tambaléate y morirás. La luna surcaba el cielo desde el este en dirección suroeste. Frente a ella flotaban algunas nubes. El anciano percibió su olor reseco y chamuscado. Se figuró que el día siguiente sería despejado y que el sol sobre la cresta del monte pesaría por lo menos cinco o seis décimas. Dirigió la mirada al cielo y vio que las nubes se volvían más densas. Cuando la luna llegue a su altura, el desfiladero se sumirá en penumbra, pensó, y esperó el momento plantado como un árbol. En el instante en que la pantalla de sombra le pasó por encima como un manto de seda negra, dobló las piernas, alternándolas en silencio, y sintió que el *qi*[3] le volvía a fluir, que un torrente de energía le recorría el cuerpo hasta las rodillas. Irguió la espalda, ligeramente encorvada, y los ganchos de la vara sonaron como papel mojado al rasgarse. La sombra avanzó y cubrió a la jauría. El anciano vio sus ojos verdes moverse cual luciérnagas enormes, gritó y golpeó varias veces las paredes del desfiladero con la vara. La tierra que se precipitó sonó a sus pies como un fluir de agua. Cuando el ruido se apagó y la sombra se deslizó hasta la boca del desfiladero, se dio cuenta de que cinco de los lobos estaban ahora más cerca, a solo cuatro o cinco pasos. Por suerte, había aprovechado la negrura de las nubes para relajar los músculos y hacer un ruido atronador que contuviera el avance de la jauría y le permitiera mantenerse firme hasta la madrugada.

Pensó: Tengo setenta y dos años y he cruzado más puentes que vosotros caminos.

Pensó: Mientras siga aquí en pie, no se os ocurra volver a aceraros a mí.

Pensó: ¿Cómo pueden unos lobos temer la mirada hostil de un hombre de pie, inmóvil?

Y pensó: Ya ha pasado la mitad de la noche, de lo contrario no sentiría los párpados tan pesados. Sea como sea, no duermas. Una cabezada y eres hombre muerto. Ciego y el maíz esperan a que vuelvas. La pareja de lobos jóvenes cerró los ojos y el anciano vio extinguirse como faroles los dos pares de perlas verdes que más relucían. Arrastró la mano derecha por la vara, que aún sostenía con fuerza, y al mover la izquierda, un lobo le dio un zarpazo. Un dolor agudo lo sacudió de la muñeca a los párpados. La sensación de sueño dio un respingo, como si la hubieran abrasado, y cayó de los ojos al barranco iluminado por la luna. Recogió las manos de nuevo. Uno de los lobos medianos se tumbó, sus párpados cubrieron de golpe la luz verde. El lobo rey lanzó un rugido, pero el recién tumbado solo pestañeó y volvió a cerrar los ojos.

9

En la madrugada, el tiempo resonaba como un goteo verde. Apenas quedaban algunas estrellas en el firmamento y la luna parecía envuelta en un triste frío. El anciano pestañeó varias veces. Levantó un pie con disimulo, se pisó el contrario, y sintió que sus párpados endurecidos se reblandecían. Levantó la vista hacia la luna y las estrellas y supo que había pasado la mitad de la noche. La madrugada se acercaba como un tañido lejano y solo tenía que aguantar en silencio, erguido e inmóvil, a que el sueño asaltara a los lobos.

Y lo cierto es que el sopor acabó descendiendo como una bruma sobre el anciano y la jauría. Otros tres lobos cayeron rendidos y, aunque su rey gruñó irritado, no pudo impedir que se tendieran en el suelo. Al cabo, solo quedaba en pie el lobo rey. Cuando el anciano se percató de que únicamente persistía el brillo de dos ojos verdes, sintió un alivio contenido y pensó que ya solo faltaba que se acostara aquel último. Si se duerme podré mover los músculos de todo el cuerpo. Pero el lobo rey, lejos de dormirse, avanzó desde el centro de la manada y se situó a la cabeza. El anciano creyó que se lanzaría a por todas y notó aterrado cómo la espalda se le empapaba de nuevo en sudor. Sacudió con fuerza la vara en la angostura del desfiladero, incapaz de adivinar que, con aquel gesto, el lobo aminoraría el paso, lo miraría fijamente y, después de caminar en semicírculo, recularía caminando sobre el resplandor de la luna hasta refugiarse entre sus compañeros. Tras esto, se tendió —¡pum!— y cerró los ojos.

Se habían apagado todos los faroles.

El anciano dejó escapar un largo suspiro. Cuando sintió que las piernas le flojeaban y que se vendría abajo en cualquier instante, el corazón le dio un vuelco en el pecho y volvió a enderezarse. En ese instante reparó en que los ojos del lobo rey se abrían un momento para espíarlo, antes de volver a cerrarse. El anciano no se durmió. El lobo rey está esperando a que te quedas dormido, pensó. Tanteó a un lado y tiró de una rama de vid, se quitó el cinto de tela roja y arrancó los ganchos de la vara. Ató todo esto entre sí formando una cuerda, y se cuidó de hacer mucho ruido, mientras observaba cómo cuatro ojos de lobo se abrían, lo miraban y volvían a cerrar los párpados. Huelga decir que se habían quedado dormidos.

Bajo la luz clara de la luna, los nueve lobos tumbados parecían un pedazo de tierra recién removida. Sobre el suelo irregular flotaba un olor penetrante a orina. El anciano se quitó los zapatos y, por encima de aquel olor a orín, avanzó dos pasos de puntillas conteniendo la respiración. Enganchó la cuerda a ambos lados del desfiladero, retrocedió, se ató un extremo a la muñeca y, agarrado a la vara, se reclinó contra la pared y cerró los párpados con un bostezo.

Se quedó dormido.

Y durmió a pierna suelta. El tiempo sopló como un vendaval por su sueño, hasta que lo

interrumpió de forma abrupta un tirón espeluznante en la muñeca. Al despertar, abrió los ojos de par en par, levantó la vara y —¡zas!—, apuntó con ella a la manada.

Despuntaba gris el día. La luna y las estrellas se habían retirado en algún momento sin dejar rastro y el cuello del desfiladero adquiría tonos acuosos. El anciano parpadeó y reparó en que los lobos habían cortado la cuerda delante de él. El cinturón de tela roja les obstaculizaba el paso como un río. Conscientes de que la cuerda había despertado al anciano, se pararon arrepentidos, mirándolo con gesto altivo y fiero, y contemplando al mismo tiempo el cinto rojo, semejante a una serpiente. El anciano apretó la vara entre las manos con un gemido y apuntó al centro de la manada. Contó los lobos: cinco. Ignoraba dónde se habían metido los otros cuatro. También el lobo rey había desaparecido. El rostro del anciano palideció en una mueca fría y dura. Mantenía la vista fija al frente, pero el corazón se le hundió como cuando colapsa un edificio. Sabía que al menos uno de esos cuatro lobos lo atacaría por la espalda y que la resistencia de toda una noche había tocado a su fin. Era hombre muerto.

Se esforzó por oír algún ruido a su espalda.

El sudor frío que le chorreaba cuerpo abajo le empapó las plantas de los pies, que se le figuraron sumergidos en agua fría. Intentaba averiguar dónde se había llevado el lobo rey a los otros tres. Barrió el desfiladero con la mirada y vio que por su entrada se filtraba un fino rayo de luz, mitad dorado, mitad plateado. Por fin amaneció, pensó. Los lobos no son animales diurnos y basta con que el sol queme tanto como de costumbre para que se retiren antes de la hora de más calor. Así cavilaba el anciano cuando notó un penetrante olor a orina. Miró a los lobos buscando con los ojos al que había sucumbido sin aguantarse, cuando reparó de pronto en que por el desfiladero se precipitaba una cascada de tierra.

Anciano y lobos alzaron la cabeza a la vez. Por el desfiladero bajaban el lobo rey y uno de los cachorros. Dirigió la vista hacia el lado contrario y vio que una pareja de lobos medianos descendía por aquella otra pendiente, imitando al lobo rey. El anciano cayó al fin en la cuenta. Mientras dormía, aquellos cuatro se habían dividido en dos batidas para acercarse a él y abalanzarse por la espalda. Por suerte, el desfiladero era estrecho y sus paredes demasiado escarpadas, por lo que no les quedó más remedio que dar media vuelta e irse por el mismo camino. Satisfecho, el anciano sintió una energía renovada llamear en su interior como los rayos del sol. En aquel mismo instante, la luz se coló chasqueando por el desfiladero. Desde las alturas, el lobo rey lanzó un ladrido turbio, entre potente y ahogado. Al oírlo, los cinco lobos que tenía enfrente levantaron la cabeza, midiendo las fuerzas del anciano y de la vara de sauce cruzada delante del pecho, y se dieron media vuelta arrastrando los pies en dirección a la boca del desfiladero.

Se retiraron.

Después de toda una noche resistiendo, la manada se marchó, girándose de tanto en tanto para observar al anciano, plantado todavía con la vara entre las manos y la vista clavada en ellos. Los nueve se reunieron en la entrada del desfiladero y todavía se dieron la vuelta para contemplarlo una vez más antes de marcharse. El sonido de sus pasos se fue alejando hasta hacerse inaudible, como las hojas que caen de los árboles en otoño. El anciano relajó las manos y la vara cayó al suelo. En ese momento notó un hormigueo recorriéndole las piernas, bajó la cabeza y fue consciente de que el pálido olor a orina no procedía de los lobos, sino de entre sus propias piernas.

Se había meado de miedo.

Maldito viejo inútil, se increpó, y se sentó a descansar un momento. El sol refulgía cada vez más fuerte. Se puso en pie, agarró la vara y se acercó hasta la entrada del desfiladero. Allí buscó un lugar alto y oteó a su alrededor. Tras asegurarse de que no había lobos cerca, cargó de nuevo los cubos con la vara y echó a andar.

Dejó atrás el desfiladero y enfiló el camino de la cresta del monte desde el oeste. Temeroso de que los lobos regresaran, apenas se detuvo a descansar tres veces por el largo camino de montaña que cruzaba la sierra de Balou. El sendero de tierra parda se extendía sinuoso entre las cimas, como el lomo de un buey al sol. Había logrado imponerse a la jauría y una felicidad y placidez contenidas le bullían por el rostro. Posó los cubos en un llano para recuperar el aliento y vio a los nueve lobos en la lejanía, ascendiendo por una pendiente. El sol se reflejaba en sus espinazos mientras se adentraban tambaleándose en el corazón de la sierra.

¡Mi madre!, exclamó el anciano, ¿todavía queréis guerra? ¿Quién soy yo? ¡Soy el anciano! No me importa que seáis nueve lobos, ¡ni aunque fuerais nueve tigres y panteras podríais conmigo!

El anciano vociferaba en la dirección por la que desaparecían los lobos. Gritaba enloquecido a pleno pulmón: ¡No os vayáis si tenéis agallas! ¡A ver si aguantáis uno o dos días más! Y añadió bajando la voz: Si os vais, el manantial será mío. Mío, de Ciego y del maíz. Al acordarse de pronto del maíz y de la lepra seca que consumía sus hojas, se echó a temblar. Se lanzó sobre uno de los cubos, bebió hasta saciarse y, cuando se notó la tripa llena y no sintió ya hambre ni sed, volvió a cargar la vara y prosiguió su camino hacia los confines de la sierra de Balou.

Era mediodía cuando llegó al tallo solitario. Un día y una noche buscando agua y el enfrentamiento con los lobos lo habían hecho envejecer cien años de golpe. La barba, aunque rala y seca, le había crecido sobremanera en una noche. En el terreno en cuesta a ocho *li* y medio se sintió como un árbol sin raíces a punto de volcar. Dejó los cubos a un lado y se detuvo junto al camino cuando apareció ante él el perro ciego.

Traía la lengua colgando, abrasada y llena de llagas, y los ojos, muertos en sus cuencas, anegados de agua como dos estanques negros. Lloraba y, más que avanzar firme, se tambaleaba en dirección al camino, siguiendo el ruido débil de los pasos del anciano y el olor húmedo del agua. Se detuvo en seco a tres o cuatro pasos del anciano, incapaz de seguir.

Ven aquí, venga sube, le dijo este, yo no puedo dar ni un paso más.

El perro avanzó dos pasos y volvió a detenerse, como si estuviera muerto. En sus ojos había cada vez más agua.

Sé que tienes hambre y sed, pero al menos estamos con vida.

El perro no emitió ningún sonido. Sus ojos ciegos apuntaron al sol.

El anciano sintió un escalofrío. ¿Se ha muerto el maíz?, preguntó. El animal agachó la cabeza y las lágrimas de sus ojos se derramaron en el camino.

Fue hasta la planta apoyándose en la vara y arrastrando los pies vacilantes sobre la ardiente tierra roja. Cuando llegó a la altura del cobertizo, el pecho le dio una sacudida. Bajo un sol acuciante, en las hojas no quedaba ya el más mínimo rastro de verde. Hasta los nervios, antes blanquecinos, se habían quemado y amarilleado. Se acabó, pensó, la planta ha terminado muriéndose y esta agua no servirá para salvarla. No te has impuesto tú a los lobos, se dijo, son los lobos los que te han vencido. Se retiraron cuando sabían que el maíz había muerto. No pretendían devorarte; si aguantaron una noche entera fue para vencer al maíz.

Un desconsuelo avejentado lo empapó como lluvia fina. Creía que se desplomaría de golpe, que acabaría como barro tirado por la tierra con la vara, pero justo antes de caer, vio que en el

extremo superior del maíz, abrazada por hojas secas, sobresalía una punta verde que saltaba a la vista.

Tiró la vara y se acercó.

En el interior del tallo había un brote que aún vivía y que se mantenía verde claro bajo el sol abrasador. Giró una de las hojas y vio que en su reverso quedaban todavía rodales verdes, finos como la seda y dispersos como estrellas entre las manchas secas. En los nervios de esas hojas, combadas como arcos, fluían quedos restos de agua.

El anciano se dirigió resuelto al camino. Tras dar unos cuantos pasos, se giró y agarró un cuenco. En el camino lo hundió en el agua y se lo colocó a Ciego delante: El maíz está vivo. Trae el cuenco de vuelta cuando termines de beber. A continuación, llevó un cubo hasta la planta. Se agachó para llenarse la boca de agua, se acercó a la punta del maíz y pulverizó el brote como si de lluvia se tratara. En ese mismo instante, un soplo de verde humedad se esparció en la luz calcinada del sol. Las gotas de agua que salían despedidas de la boca del anciano chispeaban blancas, como una plancha de hierro bajo el sol, cuyos rayos las engullían antes de que tocaran el suelo. El anciano roció siete bocanadas seguidas sobre el vértice del maíz, empapándolo como una lluvia de siete días y siete noches, hasta que recuperó su brillo y su lozanía. Acercó el cubo a la planta, llenó un cuenco y lavó las hojas. Mientras lo hacía, colocaba el cuenco bajo cada hoja para recoger el agua que caía y, cuando ya no quedaba más agua que recoger, lo volvía a hundir en el cubo. Un tic-tac melódico repicaba sobre los robustos rayos del sol. Lavó una hoja y a continuación la siguiente hasta que, al llegar a la cuarta, vio que el perro se acercaba desde el camino agarrando un cuenco con el hocico. Lo dejó bajo el cobertizo y fue hasta el anciano. ¿Quieres más agua? Tenemos un manantial; no te apures, bebe cuanto quieras. El perro sacudió la cabeza y acarició las hojas del maíz con la pata delantera.

Las hojas siguen vivas, puedes estar tranquilo.

Se recostó a los pies del anciano y suspiró. La expresión de su rostro se había relajado.

Junto a la cola del perro ciego, el anciano vio al ir a llenar el cuenco un bulto negro, como una berenjena echada a perder. Se acercó para observarlo mejor y distinguió rojeces, como dátiles secos. Lo empujó con el pie y constató que se trataba de un ratón muerto. Se giró e inspeccionó el suelo a su alrededor. En el cerco de esterillas descubrió algunos ratones más; también fuera del cercado había otros siete u ocho, muertos y desperdigados por el suelo, todos ellos con rojeces como dátiles y marcas de dientes. Estaba claro que los había matado el perro ciego. El anciano llamó al animal: ¿Has sido tú? El perro se llevó una pata a los dientes y, a continuación, a la base del tallo, hendido con mordeduras por las que fluía un líquido viscoso, azul y amarillo. El anciano se sentó frente a las heridas de la planta, palpó el líquido viscoso y acarició a continuación la cabeza del perro. Menos mal que estabas tú aquí, Ciego. Cuando en la próxima vida me toque ser bestia, me reencarnaré en ti. Tú te reencarnarás en persona, serás mi niño, y te cuidaré toda una vida. Los ojos del perro se humedecieron al oírlo. El anciano le enjugó las lágrimas y le llevó a la boca otro cuenco de agua. Bebe; yo iré a por agua y tú te quedarás haciendo guardia delante del maíz.

La planta revivió al fin. El anciano la regó con un cubo diario durante tres días seguidos. A la mañana del cuarto, vio que la parte superior se había remozado y que el verdor del revés de las hojas se extendía también por su anverso, esparciéndose como una gota de agua en papel vegetal y haciendo que la lepra seca se contrajera lentamente. Varios días más tarde, desde el camino se avistaba un bulto verde y solitario, meciéndose orgulloso bajo el sol.

Y entonces se quedaron sin alimento. Se acabó aquello de comer medio cuenco de gachas de maíz al día. El primer día en ayunas, el anciano recorrió los cuarenta *li* hasta el manantial y regresó tambaleándose, uncido a dos cubos a medio llenar. El segundo día se le nubló la vista al alcanzar el camino de la cresta del monte, dio un traspíe y acabó en el suelo. Fue consciente de que ya no podía ir hasta el manantial. Descendió la ladera y se hinchó de agua sin hervir. Al tercer día, se sentó con la espalda apoyada en uno de los postes del cobertizo y vio amanecer. La luna creciente no había desaparecido del todo cuando un sol incandescente caldeaba ya la tierra. Se puso al perro ciego en el regazo. Duérmete, Ciego, los sueños también sacian. Pero él no pudo dormir. Cuando el sol le abrasó la piel hasta que el rostro le olió a chamusquina, bebió otro medio cuenco de agua sin hervir para aplacar la sed y fue incapaz de aguantarse las ganas de orinar. Después de aliviarse, le entró aún más hambre. Bebió varias veces, hasta que en la olla quedó poco más de un cuenco de agua.

No podemos beber más, dijo, el agua que queda es para el maíz.

El sol alcanzó su punto más alto y sus rayos pesaron cinco décimas.

Maldita sea tu casta entera, profirió el anciano.

Con sus cinco décimas de peso, los rayos orondos del sol caían en picado.

Ciego, ¿podremos soportarlo?, dijo.

Cuando los rayos solares casi alcanzaron las seis décimas, el anciano acarició la tripa del animal y la notó blanda como un montón de barro.

Lo siento mucho, Ciego, tienes menos carne que yo.

A continuación se palpó la barriga, que era como un papel fino.

Intenta dormir como sea. Cuando te despiertes tendremos qué comer.

Recostado a los pies del anciano, el perro no pronunció palabra. Las puntas de sus pelos, finos y alargados como ramas, estaban envejecidas, abiertas, marchitas. El anciano intentaba conciliar el sueño, pero cada vez que cerraba los ojos oía el ruido atronador de sus tripas. Así pasaron otro día más. El sol se deslizó hacia los montes occidentales y el anciano sintió que le asaltaba de verdad el sueño. Cuando abrió los ojos un instante, la cara se le iluminó de pronto con una sonrisa. Se levantó apoyándose en el poste del cobertizo y dirigió la mirada hacia el sol poniente. Calculó que no pesaría más de cuatro décimas y le preguntó: ¿Crees que vas a aguantar más que yo? ¿Quién soy yo? ¿Soy tu anciano!

Meó unas gotas de cara al sol, se dio media vuelta y se dirigió al perro: Vamos, ya te dije que cuando te despertaras tendrías qué comer y así será.

El perro se puso en pie sacando fuerzas de flaqueza, con el pelo revuelto y rizado oliéndole a chamusquina.

¿Adivinas qué vamos a comer?, le preguntó el anciano.

El perro dirigió la cabeza hacia él con gesto de incompreensión.

Pues te lo digo. Vamos a comer carne.

Levantó el hocico y fijó en el anciano sus ojos vacíos.

Te hablo en serio.

En ese momento, el sol dejó escapar una risotada fría desde la cordillera occidental antes de ocultarse. El calor sofocante amainó y en la sierra empezó a soplar una brisa fresca como la seda. El anciano se acercó al fogón, agarró una pala y comenzó a cavar un hoyo grande y redondo, capaz de albergar un árbol, de codo y medio de profundidad y con las paredes rectas, como una

garganta. Encendió el fuego y puso a hervir un poco agua. Añadió una pizca de restos de maíz que sacó del fondo del saco y vertió la mezcla en un cuenco que depositó dentro del hoyo. A la hora del ocaso, las cimas se sumían en una quietud tal que permitía oír los pasos de la noche acercándose. Del fondo del valle se elevaba un aire fresco y placentero, portador de cierta humedad, que envolvió al anciano y al perro como una niebla. Se sentaron en el cobertizo a esperar, atentos a cualquier ruido que se produjera cerca del hoyo, dejando que la oscuridad que siguió al ocaso los cubriera como tierra negra. El anciano preguntó: ¿Crees que los ratones saltarán al hoyo?

El perro pegó la oreja a la tierra y escuchó con atención.

La luz de la luna bañaba los campos y teñía las laderas con su luz lechosa. En medio del silencio, el perro oyó a los ratones caminar sobre el resplandor lunar. El anciano se acercó despacio. Dentro del hoyo había tres ratones que se peleaban chillando por la comida. De improviso, tapó el agujero con un edredón y a los ratones se les quedaron los ojos como platos y las mandíbulas desencajadas.

El anciano y el perro atraparon aquella noche trece ratones. Los desollaron a la luz de la luna, los cocinaron y comieron opíparamente rodeados de un olor a orín. Se durmieron antes de que amaneciera y se levantaron cuando el sol se elevaba tres varas sobre el cielo. Tiraron las pieles por el barranco y fueron a por agua al manantial, a cuarenta *li* de distancia.

10

Siguieron días tranquilos y sosegados, en los que el tiempo transcurrió sin sobresaltos. Excavaron en el campo decenas de hoyos con forma de tarros de conserva, de boca estrecha, cuerpo ancho y paredes rectas, para evitar que los roedores que cayeran en su interior pudieran trepar y huir. Cada noche trituraban una docena de granos de maíz rebuscados por los campos, los cocían y solo cuando su aroma dorado se había diseminado en todas direcciones, vertían la cocción en los agujeros y volvían al cobertizo a dormir al fresco tranquilos. Al día siguiente tenían un puñado de ratones atrapados, si no más de una docena, que dejaban escapar chillidos pálidos y lastimeros. Con esto se aseguraban la comida para uno o dos días. En mañanas alternas, el anciano iba a por agua al manantial, y así los días fluían con calma, como la corriente de un río sin olas ni torrentes. El maíz, que seguía vivo y coleando dentro del cercado de esterillas, por fin, medio mes después de que despuntara la panícula, comenzó a hincharse de pronto, hasta que se formó una pequeña mazorca del grosor de un dedo. En los ratos de ocio, el anciano conversaba a menudo con el perro ciego delante de la planta. Ciego, ¿qué me dices? ¿Crees que la mazorca crecerá mañana hasta alcanzar el tamaño de un rodillo de amasar? El perro, consciente de la alegría del amo, se acercaba a lamerle la pierna. El anciano le acariciaba el lomo: Desde que nace la mazorca hasta que madura han de pasar un mes y diez días. ¿Cómo se va a formar en el transcurso de una sola noche? Otras veces le preguntaba: Ciego, ¿cómo es que la mazorca sigue teniendo el tamaño de un dedo? El perro se acercaba a la planta. ¡Claro!, intervenía entonces el anciano, tú no lo ves, Ciego, pero la mazorca hace mucho que superó el grosor de mi dedo.

Cierto día, después de cargar agua y de regar el maíz, estaba el anciano arando cuando reparó en que de la punta de la mazorca salían unos hilachos lechosos, finos y suaves como el pelo de un bebé. Los observó inmóvil durante un instante, esbozó una sonrisa y dijo: El otoño está a punto de madurar. ¿Lo has oído, Ciego? El otoño está a punto de madurar.

Al no oír respuesta de Ciego, se volvió y lo encontró junto al barranco, mordisqueando las pieles de los ratones que había desollado el día anterior e inundando el aire con cada mordisco de un olor nauseabundo y pelos de ratón. No seas guarro, Ciego, le dijo el anciano. El perro guardó silencio y se acercó a uno de los hoyos. El anciano lo siguió y el corazón se le hundió de súbito al ver que en su interior solo había un ratón. Era la menor presa del último medio mes. Dos días atrás habían sido cinco ratones; el día anterior, cuatro; aquel, uno nada más. Excavó algunas trampas nuevas en la cima y en cada una de ellas depositó unos granos de maíz. A la mañana siguiente, sin embargo, la mitad estaban vacías y en el resto no había más que uno o dos ratones.

A partir de entonces ya no volvió a encontrar más de diez roedores en un hoyo, ni qué decir de un puñado. Aquel medio mes de ratones y agua en abundancia era cosa del pasado. Cuando no

conseguía atrapar ninguno, el anciano ascendía solo hasta el camino de la cresta y, después de pesar los rayos, se quedaba de pie mirando al sol, incisivo y despiadado. Comenzó a albergar cierto terror que, al poco de germinar, creció y formó un bosque que se extendió por toda la anchura de la sierra. Desolló uno de los ratones capturados, lo cocinó y lo envolvió en un trapo. Acarició la cabeza del perro, que dejó al cuidado de la parcela, y se puso en marcha. Se adentró por cuantos caminos fue encontrando, giró en cuantas curvas dirigieron su paso y anduvo defraudado durante medio día. Pasó por cinco aldeas y, cuando alcanzó la cumbre más alta, se irguió mirando al sol y sopesó su luz con la mano extendida. Suspiró y se sentó a la sombra, al borde de un precipicio que se alzaba escarpado como un muro. Las piedras del precipicio cedían al peso de los rayos del sol y caían de tanto en tanto como gotas de lluvia. Ante sus ojos, un entramado de suelo seco y cuarteado se desplegaba sobre los campos recorriendo las laderas. La cresta de la sierra serpenteaba en la lejanía, como un fuego infinito de llamas dispares que fulguraba abrasador y que, después de contemplarlo un rato, quemaba las comisuras de los ojos. Sentado a la sombra junto al precipicio, calcinado de un ocre apagado, el anciano sacó un envoltorio de tela del bolsillo, lo abrió y se dio cuenta de que el pedazo de carne fresca y tierna, que cuando cocinó estaba aún rojiza y brillante como un rábano, se había ennegrecido en solo medio día y parecía ahora un puñado de barro. Se acercó la carne a la nariz. Su aroma había sido sustituido por un hedor gris a orina, enmohecido con motas blancas, pero tras media jornada de caminata por el monte, estaba en realidad hambriento, impaciente por comer. Le arrancó una pata al ratón e iba a llevársela a la boca cuando vio que en la carne se movían unos pequeños puntos como granos de arroz. Un escalofrío le sacudió el cuerpo y pensó que sería mejor tirar la carne, pero cuando alargó el brazo para deshacerse de ella, volvió a encogerlo.

Cerró los ojos, abrió la boca y se metió dentro la cabeza y parte del cuerpo del roedor. De un mordisco acabó con dos tercios del animal, masticó varias veces con fuerza y tragó de golpe. Se comió el resto de un bocado.

Cuando abrió los párpados vio ante él, sobre el suelo calcinado, dos gusanos brillantes que se quedaron secos al instante.

El anciano regresó a su parcela envuelto en la oscuridad del ocaso. Aquella noche la pasó en vilo, sentado junto al maíz, contemplando el cielo y observando cómo las hebras que coronaban la mazorca se iban tiñendo de rojo. Con el alba, se incorporó de un salto y, caminando sobre la claridad de la mañana, se dirigió a la aldea.

La sierra ofrecía una imagen de vasto silencio. El perro siguió al anciano algunos pasos y se dio la vuelta al cabo para quedarse al cuidado del maíz.

Allí esperó a que el anciano regresara.

Y lo hizo al mediodía, con un gran barril del color de la salsa de soja que hacía rodar por el suelo. Colocó el barril de pie junto al maíz, subió al camino y volvió con un ratón grande agarrado por el pescuezo. Lo mató con el cuchillo de cocina que tenía en el cobertizo y vertió su sangre en un cuenco. A continuación, alimentó al perro con la piel, cocinó la sangre, que se comió en el momento, y cocinó la carne, que guardó envuelta en un trapo. Se puso en camino cargando los cubos.

Se proponía llenar el barril de agua.

Hizo cuentas: En los treinta hoyos que tenía desperdigados había nueve ratones. Con un ratón diario comían él y el perro. Así, pasados nueve días se les acabaría la comida. En los campos no quedaba ni una sola de las semillas que los aldeanos habían sembrado meses atrás; en las aldeas

no había alimento, ni una mala verdura. Había llegado la época de la cosecha otoñal, el sol pesaba una décima más por cada día que pasaba y el maíz necesitaba agua. El anciano debía aprovechar esos nueve días para llenar el barril hasta el borde. Así, la planta tendría agua y abono suficientes para seguir alimentando la mazorca, mientras él y el perro se sentaban a morir de hambre. El anciano se fue solo por el camino polvoriento de la cresta. Los rayos incisivos del sol le caían encima uno a uno y volvió a notar el olor a quemado de su barba. Llevaba el ratón en uno de los cubos, tapado con un sombrero de paja. Cuando el sudor le caía por la frente, se lo retiraba con los dedos y se los chupaba; cuando notaba que las gotas le resbalaban hasta las rodillas, se agachaba y las lamía, intentando evitar por todos los medios que el agua de su cuerpo fuera a caer en manos del sol. Por suerte, emprendía el camino del norte antes del amanecer y para cuando el sol estaba alto y comenzaba a sudar apenas le quedaban cinco o seis *li* hasta el manantial. Solo se bebía su sudor durante aquellos cinco o seis *li* y llegaba al manantial con el sol en su cénit. Se llenaba la tripa de agua, se comía el ratón y cargaba los cubos de vuelta. Cuando le asaltaba la sed, se arrodillaba ante uno de los cubos y bebía con ansia. Los rayos pesaban entonces ocho o nueve décimas, si no una onza. De tanto en tanto oía el sudor rodándole por la espalda. En aquellos momentos no maldecía al sol ni se quejaba de la sequía, sencillamente se preguntaba con piernas temblorosas: ¿Tan viejo estoy, que no puedo con dos cubos de agua? A veces las piernas le temblaban demasiado y no le quedaba más remedio que soltar la carga, descansar un rato y beber agachado frente a un cubo. En los cuarenta *li* de trayecto que recorría cada vez que iba a buscar agua, calculó, se detenía unas veinte o treinta veces a descansar. En cada parada, necesitaba beber. Al beber sudaba, y al sudar bebía. Así, entre las veces que se detenía y lo que bebía, de cada dos cubos que acarrea, al final solo le quedaba uno.

Cinco días más tarde, el barril estaba a un tercio de su capacidad y se habían comido cinco ratones. Los cuatro que quedaban serían el alimento de los siguientes cuatro días. El maíz crecía lustroso bajo el sol, de un verde oscuro casi negro, pero cuando los hilachos de la mazorca enrojecieron, se diría que pararon a descansar, reticentes a teñirse de negro, a pesar de que la mazorca había alcanzado ya el tamaño de un nabo pequeño. También la panícula parecía resistirse a amarillear. Si la panícula no amarilleaba y los hilachos de la mazorca no se volvían negros, la planta estaría lejos de madurar. Al caer la tarde, una mancha cálida de sangre se extendía por el monte. En ese plasma, el anciano palpaba la mazorca, de un verde frondoso, y el corazón se le helaba al notarla aún blanda. ¿Cuándo madurará? A este ritmo, podrían pasar veinte días o incluso un mes. Hizo un cálculo: debía hacer al menos cuatro meses de la partida de los aldeanos. El maíz suele madurar en cuatro meses y medio, pero la planta parecía no hacerlo y aquel contratiempo ahogaba al anciano en desasosiego. Recorrió cada uno de los hoyos acompañado del perro y no halló más ratones. Se tumbó bocarriba al borde del camino con la brisa de cara. El calor incandescente que despedía el suelo le atravesaba la espalda y le recorría el cuerpo. Ciego se echó a su lado, tan poca cosa que una vez tendido parecía no tener fuerzas para volver a incorporarse. El chillido hambriento de un único ratón salía apocado desde un hoyo, tentándolos con un hambre que arrasaba montañas y agitaba mares.

El perro ciego dirigió el hocico hacia los chillidos del ratón sin moverse del sitio.

El anciano guardó un silencio de años con la mirada fija en el cielo.

Al cabo, se dio la vuelta con una exclamación de sorpresa. El perro se giró atropelladamente esperando que dijera algo, pero el anciano se limitó a ponerse en pie y echar a andar. Bajó del camino sin decir ni media palabra, apretó la mazorca entre los dedos para comprobar su dureza y

masculló algo entre dientes. Finalmente, agarró los cubos del agua y se encaminó al norte bajo la luz de la luna.

Hizo otro viaje en plena noche para ir a buscar agua y en aquella ocasión no bebió, por lo que llegó con los dos cubos llenos a rebosar. Vació la mitad del agua en el barril y de la otra vertió unos cuantos cuencos en el maíz y otros tantos en una cubeta, para que el perro tuviera qué beber. Luego coció un ratón y se echó de nuevo la vara al hombro para ir al manantial.

A lo largo de los tres días que siguieron, el anciano hizo viajes nocturnos, de los que regresó con los cubos llenos, y diurnos, de los que volvió con ellos a medias, y así logró llenar el barril hasta el borde.

Con las fuerzas y el único ratón que le quedaban, acudió al manantial por última vez. Esa agua les ayudaría a soportar el hambre y la sed durante algunos días más. Aunque no confiaba ya en que lloviera, esperaba aguantar hasta la cosecha para arrancar la mazorca. De cada tallo que maduraba hasta el otoño nacía una mazorca dorada con treinta y cinco granos por ristra y no menos de veintitrés anillas, lo que arrojaba un total de cientos, casi mil granos. Habían pasado cuatro meses y, de una forma u otra, la cosecha estaba cada día más cerca. Al mediodía, el anciano percibía el olor de la mazorca, cálido, dulzón y amarillo, que a medianoche se tornaba claro como el del aceite de sésamo y abrigaba los campos como un manto de seda con cada soplo de aire.

El anciano fue a llenar los últimos baldes de agua con la luna en mitad del cielo y regresó pasado el mediodía siguiente. Paró cuarenta y una veces a descansar y se bebió la mitad del agua en el trayecto. Cuando llegó a la altura de la parcela, se sentó en el camino de la cresta y descansó hasta el ocaso. Se sintió sin fuerzas para llevar aquella media carga hasta el barril del cobertizo y decidió cocinar y comerse el último ratón. Era el más grande de aquellos últimos nueve, tenía un palmo de largo y ojos rojos y saltones. Pero al llegar al hoyo se encontró con que dentro no había ningún ratón, sino solo un puñado de tierra escarbada. Desconcertado, se arrodilló junto al agujero y reconoció en su interior las huellas del perro, pelo de ratón y manchas de sangre como piel de fruto de espino. Se quedó acuclillado junto al hoyo hasta que se hizo de noche.

Cuando salió la luna, esbozó una sonrisa como una capa fina de hielo resquebrajada. Al fin, se disponía a hablar. Se puso en pie, contempló la sombra móvil de la luna y dijo: Si te lo has comido, lo mismo da. Así las cosas, te puedo decir que a partir de ahora, bien me comes tú a mí, y te quedas al cuidado del maíz, o bien te como yo a ti y cuido del maíz. El anciano meditó. Al fin te lo puedo decir, Ciego. No he tenido oportunidad de hacerlo en muchos días. El anciano se dirigió al cobertizo. Aunque con piernas cansadas, su paso discurrió como de costumbre, un pie detrás de otro. A continuación, subió de nuevo al camino y recogió la media carga de agua.

Tumbado en el cobertizo, el perro oyó los pasos del amo, se levantó y, aunque pareció querer andar hacia él, retrocedió en silencio y se tendió al lado de la abertura de la cerca de esterillas. La luz de la luna, aterciopelada, portaba todavía un calor abrasador. El anciano depositó los cubos en el suelo, abrió el cercado de esterillas y se asomó al barril repleto de agua. Se quitó los zapatos y les sacudió la tierra de dentro. Lanzó una mirada al látigo, que colgaba de uno de los postes del cobertizo, y emitió un gruñido. Ven aquí, Ciego, dijo con voz suave y lenta.

Era la primera vez en días que el perro oía al anciano llamarlo. Bajo la luz de la luna, se encogió ligeramente, sacó fuerzas de flaqueza y dio un paso tímido tras el que se detuvo de cara al lugar en el que se había sentado el anciano. Su pelaje ralo hacía ruido al temblar. El anciano dirigió la mirada a un punto lejano. Ciego, dijo, no tengas miedo. Pasará como tenga que pasar.

Será nuestro último bocado y no te culparé si me tomas como alimento. Después, se giró: Mira, Ciego, en toda la sierra, en cientos de *li* a la redonda, no queda un grano de mies ni un solo ratón. En tres días estaremos tan hambrientos que no seremos capaces de hablar. Para entonces, si quieres sobrevivir, tendrás que comerme y quedarte cuidando el maíz hasta que vuelvan los vecinos. Cuando lo hagan, deberás conducirlos a la mazorca para que la arranquen. Si me agradeces que te haya alimentado durante estos cuatro o cinco meses y quieres que viva, entonces déjame que te coma y sobreviva hasta la cosecha de otoño. Tú decides, Ciego. Si quieres sobrevivir, márchate esta noche, escóndete en cualquier sitio y regresa pasados cuatro o cinco días. Me encontrarás muerto de hambre aquí mismo. Dicho esto, el anciano le acarició el rostro, de arriba abajo, y dos regueros de lágrimas le humedecieron la mano.

El perro ciego permanecía de pie, inmóvil. Esperó a que el anciano terminara de hablar, se le acercó lentamente y se paró ante sus rodillas. Muy despacio, dobló las patas delanteras, manteniendo estiradas las traseras, y alzó la cabeza alargada y delgada, apuntando en silencio al anciano con sus ojos vacíos como pozos.

El anciano sabía que se estaba arrodillando.

Tras postrarse, se incorporó y se acercó al fogón. Retiró la tapadera de la sartén con el hocico, sacó algo de dentro y regresó.

Lo depositó a los pies del anciano. Era un ratón desollado, magenta acuoso bajo la luz de la luna. La carne seguía ensangrentada, a diferencia de los ratones que mataba el anciano y a los que abría las entrañas para desangrarlos gota a gota. El anciano cogió el bulto de carne magenta y vio en él las hendiduras de los colmillos del perro, unas junto a otras, como formando un panal. Dejó escapar un largo suspiro. ¿No te lo has comido?, preguntó el anciano. No le des más vueltas y cómetelo. No tienes por qué cedérmelo. El anciano se arrepintió de haberle dicho demasiado pronto aquello de que al final solo podría sobrevivir uno de los dos. Inspeccionó la carne a la luz de la luna. Tiene la panza morada, no creo que esté tan bueno como los matados a cuchillo.

El perro se recostó al lado del anciano y acomodó la cabeza sobre sus piernas, usándolas de almohada.

El anciano cocinó el ratón al día siguiente y entregó al perro la mitad. Come, le dijo. Hasta donde lleguemos, hemos llegado. El perro se negaba a comer, por lo que el anciano le abrió el hocico y le introdujo en la boca la cabeza y los huesos de tres patas de ratón. Luego masticó minuciosamente la carne restante delante de la mazorca. Era consciente de que con aquellos dos bocados amoratados se acababa definitivamente toda la comida. Ahora ya solo quedaba tirarse en el suelo hasta que el hambre lo matara. Si moría, pues moría y ya está. Setenta y dos era una edad provecta en el monte. No solo había sobrevivido aquel medio año de gran sequía y escasez, sino que además había logrado cultivar un maíz que le sacaba tres cabezas, tenía las hojas largas y anchas y una mazorca del tamaño de un nabo. Contemplando los hilachos de la mazorca, se acabó el ratón de unos pocos bocados y se relamió a continuación los dedos sonoramente. En aquel instante, algo parecido a copos de nieve flotó ante su rostro. Levantó la cabeza con un dedo todavía en la boca y vio que la panícula de la planta había mutado de blanca a negra de un día para otro y que pequeñas pelusas comenzaban a surgir y caer de las espiguillas. Era polen. Estaba polinizando. Se acercaba la hora de la cosecha. El anciano dirigió la mirada al cielo. Rayos blancos e incisivos entrechocaban y reñían en el aire con estrépito. Ojalá soplara el viento, pensó el anciano, en esta época del año debería hacer viento, que esparciría el polen de forma rápida y homogénea para que los granos crecieran más fuertes y completos. Se sacó la mano de la boca y

se la restregó en el pantalón. Con sumo cuidado, palpó la mazorca. Bajo un grueso envoltorio de hojas, notó la consistencia de un nabo maduro, algo irregular y duro. El corazón se le paró un instante, como una puerta que se cierra de súbito. Con la mano petrificada en la mazorca y el gesto endurecido, apretó los labios. Un instante después, convencido de que aquello que palpaba eran los granos de la mazorca, blandos y dúctiles, el pecho le dio un vuelco y la puerta se abrió. Una mueca de alegría le asomó al rostro y bajo su piel agrietada y ennegrecida pareció fluir un río de aguas torrenciales. Las manos que abrazaban la mazorca le cosquilleaban como aquejadas de tiña. Las retiró, se las sopló y salió del cercado. Agarró la azada, colgada de la acacia seca, y comenzó a arar en torno a la planta. La tierra que salía despedida, fina e igualada como la mies, despedía una fragancia dorada y tórrida propia de la cosecha de otoño. El anciano removió la tierra de manera uniforme, desde el tallo hasta el borde de la esterilla, y se agotó tanto que su respiración se abrevió como una soga cortada. Arrancó las esterillas del cercado y las tiró bajo la acacia, mientras el perro lo seguía sin saber qué hacer. En silencio, siguió arando la parcela fuera del cercado, hasta que dio media vuelta y volvió con la azada (aún removiendo la tierra) hasta el barril. En un descuido, golpeó el barril, que emitió un grito crujiente y húmedo, y se detuvo de pronto. De pie, paralizado con una sonrisa radiante, dijo: Ciego, ya ha madurado. El maíz está polinizando.

El perro se relamió.

El anciano se tumbó en el suelo y dijo al cielo: He aguantado hasta ahora. Ha llegado el momento de cosechar.

El perro ciego lamió los dedos del anciano.

Y con el cosquilleo de sus lametones, el anciano se durmió.

Al despertar se acercó a inspeccionar la mazorca y el entusiasmo se le borró del rostro. El verdor de la planta, menos tupido que antes, estaba adquiriendo un tono amarillento, evidente no solo en las hojas inferiores, sino también en las de la parte superior, que habían brotado hacía poco. El anciano, que llevaba toda la vida labrando los campos, sabía que a la planta le faltaba abono. La mazorca solo tendría suficiente grano con abono abundante, y el mejor abono eran los desechos humanos. Años atrás, el anciano solía vaciar un cazo rebotante de excrementos junto a cada tallo y sus cosechas, ya fueran de maíz, soja o sorgo, eran siempre las más copiosas de toda la aldea. Ningún otro en la sierra de Balou tenía tan buena mano para el cultivo. De pie delante del tallo, se notó los labios tan secos y agrietados como el suelo de la sierra, pero no fue a beber ni le vació al perro medio cuenco de agua. No sabía adónde dirigirse para encontrar excrementos humanos. Los retretes de la aldea estaban tan resacos que humeaban, las defecaciones que quedaban se habían chamuscado bajo el sol hasta parecer leña y carecían ya de abono alguno. Hacía días que ni el perro ni él defecaban. Sus intestinos absorbían hasta los últimos restos de la carne y los huesos de ratón que ingerían. El anciano se acordó de las pieles de ratón y se acercó a buscarlas al borde del barranco, pero no encontró ninguna. Supuso que Ciego se las habría comido cuando él iba a buscar agua. Subió la cuesta del barranco resollando y pensó en preguntar al perro, pero apenas permaneció un instante en silencio ante él. Se dirigió a la olla para beberse un cuenco del caldo que quedaba de cocer la carne, con manchas de grasa flotando. No volvió a tapar la olla. Cuando tengas sed o hambre, acércate a beber, le dijo al perro. A continuación agarró el saco del grano y se dirigió a la aldea en busca de abono.

Regresó con el saco vacío, apoyándose en un varal de bambú y deteniéndose a descansar cada tres pasos. Definitivamente, le habían abandonado las fuerzas. Tiró el saco al suelo y se acercó al

cobertizo. El perro seguía tumbado y en la olla había tanto caldo como había dejado: los once redondeles de grasa seguían siendo once. ¿No has bebido nada?, preguntó. El animal hizo un débil movimiento. El anciano sacó un cucharón lleno y bebió medio cuenco con cinco de los once redondeles de grasa. Lo que queda es para ti, dijo al perro. A continuación fue hasta el maíz. El color amarillento que cubría las hojas era ahora más patente y el verde parecía oculto tras su pátina. ¿Por qué no te has acordado de guardar estiércol?, pensó el anciano. ¿Acaso no eres el anciano de la aldea? ¡Maldita sea tu casta entera! ¿Cómo has podido pasar por alto que cuando el maíz necesita más abono es en la formación de los granos?

Aquella noche durmió junto a la planta y al despertar se fijó en que el verde casi había desaparecido de las hojas. El amarillo se extendía como un papel.

Al día siguiente volvió a dormir al lado del tallo. El tercer día descubrió que dos hojas estaban del todo amarillas por ambas caras y que los hilachos rojizos de la mazorca se habían secado antes de tiempo. La palpó y la notó blanda como el barro, como sentía sus huesos. Aquella leve sensación de dureza entre las manos se había desvanecido como nubes, como humo.

A la tercera noche, el anciano no durmió al pie del maíz. Cavó con la azada una zanja de codo y medio de ancho, cinco codos de largo y tres de profundidad: lo justo para acoger a una persona tumbada, o a un perro con holgura.

Era una sepultura. La excavó muy cerca del tallo y por su pared asomaban las raíces de la planta. Cuando la terminó, se tumbó en el suelo a descansar. Al cabo se acercó a la olla y vio que todavía quedaba medio cuenco de caldo de carne con seis redondeles de grasa pegados a los bordes. Pensaba bebérselo e introdujo el cucharón, pero volvió a posarlo. Ya había dicho que dejaría aquel medio cuenco al perro ciego. Han pasado tres días, dijo, ¿por qué no te lo has bebido, Ciego?

El animal seguía tumbado en el cobertizo. Allí había pasado sin moverse los tres últimos días. La fresca luz nocturna bañaba su cuerpo. Levantó la cabeza y la giró hacia el anciano. Sin decir nada, apoyó el hocico entre las patas. Con la aurora, la noche daba paso en la cima del monte a la claridad del día. El anciano se agachó sobre el barril para beber unos tragos de agua, sacó unas tijeras y las clavó en un lateral, cerca de la base, como un punzón.

Cuando el agua comenzó a manar, tapó la incisión con barro. Concluida la tarea, no le quedaba ya nada que hacer. Colgó la azada del árbol y colocó la pala junto a la sepultura. Tapó el barril con una esterilla, dobló el edredón del cobertizo, recogió cuencos, palillos y cucharones y los colocó junto a uno de los postes del cobertizo. Finalmente, se acercó al maíz a contemplar cómo el tono amarillo se extendía por las hojas. Palpó la mazorca, blanda como el agua, se giró y vio que el sol se colaba por entre dos cimas orientales, inyectando su vertido rojo por toda la sierra, como si los montes y los campos rebosaran sangre. Entre el maíz y el cobertizo, el anciano oteó la cima de las montañas y le pareció que miles de bueyes de lomos enrojecidos avanzaban en manadas en todas direcciones. Sabía que le fallaban las fuerzas y la vista. Se restregó los ojos y miró al cielo. Contempló las nubes, como escamas de bordes dorados brincando delante del sol, como incontables peces nadando en un lago de aguas rojas. Los rayos de aquel día deberían pesar una onza y cuatro décimas por lo menos. Con este pensamiento en la cabeza, el anciano dirigió la mirada hacia la balanza colgada en el cobertizo. Se arrastró hasta el perro, lo cogió en volandas y lo metió en la fosa. Dejó que la recorriera antes de sacarlo. Ciego, le dijo, o mueres tú o muero yo. El que sobreviva se encargará de enterrar al otro en este agujero. Dicho esto, el anciano acarició el lomo del animal y le enjugó las lágrimas. Se sacó una moneda de cobre del bolsillo.

Con la cara inscrita con caracteres hacia arriba, se la pasó al animal por la pata. Lo echamos a suertes, dijo. Lanzaré la moneda y, si cae del lado de la inscripción, me entierras para que mi cuerpo sirva de abono. Si cae del lado contrario, te entierro yo a ti.

Los ojos del perro, como pozos secos, seguían fijos en la moneda de cobre que sujetaba el anciano. Lágrimas turbias entre el rojo y el negro manaban en abundancia y aterrizaron en el fondo de la tumba que el anciano había cavado.

No llores, dijo el anciano, si me muero y me toca ser bestia, me reencarnaré en ti; si te mueres y te toca ser persona, te reencarnarás en alguno de mis descendientes, y así podremos cuidarnos y vivir de nuevo juntos.

Y así, el animal dejó de llorar. Intentó ponerse de pie haciendo un esfuerzo, pero las patas delanteras no le respondieron y volvió a tenderse en la tumba.

Ve y bébete el caldo que queda en la olla, le dijo el anciano.

El perro ciego sacudió la cabeza de cara al anciano.

Ahora voy a lanzar la moneda, dijo. Aprovecharemos las fuerzas que nos queden para enterrar al que le toque.

El perro dirigió sus ojos ciegos hacia el llano que el anciano había arado con la azada. El anciano le peinó tres veces el lomo y se levantó del montón de tierra. El sol había alcanzado pronto la cima más cercana y escuchando con atención se podía oír un clamor llameante sobre la tierra abrasada, como un manto extendiéndose a sacudidas por el camino de la cresta. Profirió una injuria: Maldita sea. Contempló la moneda por última vez y anunció girándose hacia el animal: La lanzo. Y la lanzó. Los rayos del sol caían impenetrables, como un bosque cerrado, y la moneda emitió un sonido metálico, brillante y rojo al chocar contra ellos. Cayó a tierra, rodó varias veces y quebrantó algunos rayos, que quedaron esparcidos por el suelo. El anciano contempló el descenso de la moneda como si observara una gran gota de lluvia y sus ojos se quedaron inmóviles, como enfermos. El perro se incorporó sobre el montón de tierra. Había oído la moneda caer como un albaricoque maduro en la hierba. El anciano se acercó.

Y el perro lo siguió.

El anciano se detuvo delante del suelo arado y no había llegado a inclinarse del todo cuando se incorporó. Dejó escapar un largo suspiro, se giró y dijo tranquilo: Ciego, ve a beberte el medio cuenco de caldo. Así tendrás energías para empujar la tierra y sepultarme.

El animal no se movió.

Venga, hazme caso. Bébete el caldo, que tienes que enterrarme.

Sin moverse aún del sitio, el animal dobló las patas delanteras y volvió a postrarse. No te tienes que arrodillar, Ciego, así lo ha dispuesto el Cielo. Fertilizaré el maíz. Acto seguido, recogió la moneda del suelo y se acercó a besar y acariciar la cabeza del perro: Si te sientes mal, la lanzo otras dos veces. Si dos de tres caen del revés, muero yo; si caen del haz, mueres tú.

Estiró las patas.

El anciano volvió a lanzar la moneda, que aterrizó delante del animal. Le echó un vistazo rápido. No hace falta volver a lanzarla, dijo, y se sentó indolente en el suelo. El perro siguió el sonido de la moneda al caer, la palpó con una pata primero, la lamió a continuación, y se tendió en el suelo a llorar. Bajo su cabeza se formaron al instante dos charcos de barro.

Bébetelo, dijo el anciano, y entiérrame después. Dicho esto, se puso en pie y fue hasta el cobertizo. Agarró una vara fina y hueca de bambú de más de dos codos de largo, sopló para

comprobar que el aire pasaba sin obstrucción, la clavó en el agujero del barril y tapó con goma los huecos de alrededor para evitar pérdidas. Presionó el extremo contrario de la caña, de manera que solo dejara pasar un fino goteo —ploc, ploc, ploc, ploc—, reluciente y cristalino como granos de jade, que se vertía gota a gota en las raíces del maíz. Al instante se oyó el sonido verdirrojo de la tierra absorbiendo el agua y se formó una gran mancha húmeda.

Levantó una pequeña barrera de tierra en torno a la planta para contener el agua y evitar que se perdiera en todas direcciones. Finalizada esta tarea de precisión, se sacudió la tierra de las manos y miró al sol. Sacó la balanza y pesó sus rayos: una onza y cinco décimas. Agarró el látigo, se colocó en un trozo de tierra baldía y lo sacudió una decena de veces, haciendo añicos los rayos, que se precipitaron ante de sus ojos como flores de un peral. Por último, cuando no le quedaron más fuerzas, colgó el látigo y gritó con voz desgarrada hacia el sol: ¡No evitarás que este anciano logre que el maíz madure y dé fruto!

11

De los rayos llegó una respuesta ronca, arenosa y amarillenta de gong roto, que de esta ladera saltó a la siguiente y así reverberó cada vez más lejos hasta que se desvaneció. Cuando el sonido se hubo acallado del todo, el anciano agarró una esterilla y se encaminó hacia la tumba. Después de enterrarme, sigue el camino del norte en la dirección que te dije, le explicó al perro, recostado junto a la tumba, y llegarás al manantial. Allí encontrarás agua y un montón de huesos que dejaron los lobos. Podrás sobrevivir hasta que acabe la sequía y la gente vuelva a la sierra de Balou. Yo moriré. Lo mismo da hoy que mañana. Los rayos del sol le caían de lleno en la coronilla y la tierra del pelo tintineaba con cada movimiento. Tras decir esto, se sacudió la tierra, se tumbó en la fosa con el cuerpo pegado a la pared por la que asomaban las raíces del maíz y se cubrió con la esterilla de pies a cabeza. Entiérrame, Ciego, dijo, y cuando termines, ve hacia el norte.

La sierra quedó sumida en el silencio. Los rayos abrasadores contenían la energía de un fuego inminente. En la vastedad de los montes, el olor a chamuscado de las cimas se arremolinaba como neblina. Montañas, barrancos, aldeas, caminos y lechos de ríos secos se desplegaban en un resplandor prolongado, como una sopa empalagosa de oro y plata.

Tras un otoño sin llover, cabría esperar que el invierno trajera nieves. Pero el invierno tardó en llegar y, cuando al fin lo hizo, fue seco y áspero. La sequía persistió sin tregua hasta el siguiente verano. Fue entonces cuando aparecieron las nubes, por momentos espesas, otros dispersas, hasta que medio mes más tarde llovió. Durante cuarenta y cinco días, un tiempo lóbrego cubrió la sierra de Balou como antes lo había hecho la luz solar. La lluvia ocultó cielo y tierra, anegando el mundo. Concluido el diluvio, llegaron el buen tiempo y la temporada de la siembra de otoño. Así, las gentes empezaron a regresar con sus catres, cuencos, palillos y, agarrados de la mano, niños con un año más de edad. Pisadas entre verdes y blancas, ora continuas, ora interrumpidas, se sucedieron durante la noche a la luz de la luna. Al día siguiente, una marea de gente cruzaba los montes en medio de un bullicio de carros, de varas de cargar y de voces, contemplando la hierba ocasional sobre las faldas, admirándose con exclamaciones rojiblancas del verde de los árboles, como el torrente de un río que fluyera por la cresta de la sierra.

Poco después llegó el momento de sembrar. Los aldeanos que habían huido de la catástrofe repararon a su regreso con un escalofrío en que en las casas no quedaba simiente. No había grano en millas a la redonda en toda la sierra.

Y de pronto, alguien recordó al anciano que se había quedado en la sierra para cuidar de un brote tierno de maíz. Los vecinos fueron hasta la parcela a ocho *li* y medio de distancia y a lo lejos divisaron el cobertizo, solitario en el centro de un *mu* y pico de extensión. Cuando llegaron hasta él, vieron que el terreno que el anciano había dejado arado estaba ahora cubierto de

frondosa hierba como un cultivo y percibieron entre la capa de maleza un fuerte olor a cereal, de azul puro, y a descomposición, pardo y blancuzco. En medio de la montaña yerma, el crujido de la hierba resonaba como un río en la noche. Los vecinos hallaron primero el tallo de maíz, ya seco y con la punta quebrada, como un tronco de un árbol pequeño, medio derecho y medio torcido, junto a dos esterillas. Las hojas, cubiertas de moho, estaban caídas por el suelo algunas y sujetas a la planta otras, como papeles que se hubieran mojado y vuelto a secar pegados al tallo. Una mazorca de maíz del tamaño de una pala de lavar colgaba de la planta, balanceándose con calma movida por la brisa. Sus hilachos negros y secos cayeron al suelo como pétalos marchitos al tocarlos. Los vecinos arrancaron la mazorca, se apresuraron a retirar las hojas secas que la cubrían y descubrieron que era enorme, gorda como una pierna y larga como un brazo, con treinta y siete hileras de grano. Entre ellas, solo mostraban el brillo normal del maíz siete granos grandes como una uña; el resto estaban grisáceos, sin madurar y arrugados como guisantes diminutos.

Aquellos siete granos de maíz salpicados en medio de un gris agostado eran como siete estrellas rutilantes en el firmamento de una noche negra. De pie en el cobertizo, los vecinos contemplaron en silencio la mazorca con sus siete granos y miraron a su alrededor. La esterilla que un día cubrió el barril había salido volando y aterrizado junto al fogón, al pie del barranco. Una capa de polvo cubría el barril, sin gota de agua, y multitud de grietas recorrían la caña de bambú encajada en su base. A un lado vieron cuencos y cucharas y, sobre estos, colgados de uno de los postes del cobertizo, el látigo y la balanza. Al otro lado, a unos cinco codos, un montículo de hierba sobresalía irregular pegado al maíz. Algo más allá, había una hondonada como una fosa, de codo y medio de ancho, cinco de largo y tres de profundidad. En un extremo yacía un perro flaco y de pelo ralo, acribillado por los gusanos. Las cuencas de sus ojos eran negras, profundas y serenas y su cuerpo se había secado al sol. Los vecinos lo apartaron con el pie como quien patea un montón de hierba y al hacerlo se percataron de que la fosa tenía forma de ataúd. Comprendieron sobresaltados que se trataba de la tumba del anciano, que estaba allí enterrado, y decidieron excavarla para trasladar el cuerpo al viejo cementerio. El primer golpe de pala sonó verde y blanco como una risotada, como si intentaran desenterrar algo asido con fuerza al suelo. Con cuidado apartaron la hierba, removieron la tierra y descubrieron sorprendidos que no quedaba ya rastro de los calzones del anciano, convertidos en una fina capa de polvo. Estaba destrozado por la descomposición, algunas de las articulaciones se habían separado y un olor penetrante y blanquecino emanaba como humo del cadáver. Tumbado en su sepultura, el anciano tenía un brazo extendido hacia la planta. El resto de su cuerpo descansaba cerca del maíz, ahora pasto de los gusanos, que lo recorrían apretujados de pies a cabeza, mucho más numerosos que los del perro. Las raíces del maíz, como sarmientos delgados y largos de color rojizo, se habían introducido en el pecho, las piernas, las manos y el vientre del anciano por los agujeros de los gusanos. Algunas raíces, como palillos rojos, atravesaban la carne podrida y se anclaban al cráneo blanco, a las costillas y a los huesos de las piernas. Otras, rosáceas, se introducían por los ojos y salían por la nuca, para adentrarse de nuevo en el suelo de la tumba. Cada hueso, cada trozo de carne descompuesta formaba parte de una red que se entrelazaba con las raíces de la planta y estaba conectada a su tallo. Así pudieron ver que bajo la punta truncada del maíz había otros dos brotes, que habían resistido al invierno y al verano, y que sobrevivían verde claro.

Finalmente decidieron dejar el cuerpo del anciano donde estaba. Junto a él enterraron al perro, como hierba seca. El olor de la tierra nueva estaba impregnado en aquella ladera de tintes leves y cálidos de descomposición. Cuando le hubieron dado sepultura y se disponían a marcharse,

alguien encontró un almanaque empapado por la lluvia bajo el camastro del cobertizo. Algún otro halló una moneda de cobre tirada en el suelo, manchada de verde y con aspecto de antigua. Al retirar la capa de suciedad que la cubría, vio que ambas caras estaban acuñadas con caracteres. Nadie recordaba haber visto antes una moneda de cobre con inscripciones por las dos caras. Los vecinos se la pasaron de mano en mano, la observaron y la tiraron. En aquel día despejado, la moneda tintineó en el aire como pétalos rojos al golpear los rayos del sol, aterrizó en el suelo y rodó por el barranco.

Se llevaron el almanaque.

Así pasaron los días, hasta que ya no pudieron retrasar más la siembra de otoño. Cuando acabaron con la comida que habían traído consigo, los aldeanos de la sierra de Balou no encontraron semillas que plantar. La gente de una y otra aldea formó nuevas caravanas que abandonaron los montes, huyendo del hambre. Apenas medio mes más tarde, Balou volvía a estar desolada, sumida en un silencio en el que solo se oían los rayos del sol entrechocar y el suave crujir de la luz de la luna al tocar el suelo.

Atrás quedaron siete hombres de siete familias de esta aldea, jóvenes, fuertes y enérgicos, que construyeron siete cobertizos en los caminos de siete cimas. Sobre la tierra marrón de siete parcelas no adyacentes plantaron siete tallos de maíz, de un verde oleaginoso, que se elevaban enhiestos bajo los rayos incansables y penetrantes del sol.

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.

Este libro ha sido impreso en España en el mes de agosto de 2019.



NOTAS

[1] Unidad de longitud tradicional. Su valor ha variado a lo largo de la historia, aunque siempre en torno al medio kilómetro. En la actualidad equivale a 500 metros exactos.

[2] Unidad de superficie equivalente a 0,0667 hectáreas.

[3] *Qi*, a veces traducido como energía vital o flujo vital es un concepto de la medicina tradicional china que hace referencia a un componente intangible, fundamental para la vida, que recorre el cuerpo humano y de cuya óptima circulación depende la salud de una persona.